
3 1761 09546481 4





ANTÓN CABALLERO

B. PÉREZ GALDÓS

(TEATRO)

ANTÓN CABALLERO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Obra póstuma, refundida por

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el Teatro del Centro el 16 de diciembre de 1921.



MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1922



MADRID.—Imprenta de Perlado, Páez y C.ª, Quintana, 33.

AL LECTOR

De las manos de María Pérez Galdós pasó a las nuestras, para su examen y refundición, el borrador de una comedia inédita del glorioso autor de *Realidad* y de *El Abuelo*... Titulábase *Los bandidos;* después, rectificado el título en el borrador de los tres actos, se llamó *I masnadieri,* y hoy, al cabo, sale a la luz bautizada por nosotros con el nombre del protagonista: ANTÓN CABALLERO.

Se trata de una obra de la virilidad del creador insigne, por la que se sabe que tuvo cierta predilección, y que sin duda abandonó entre sus apuntes en una de aquellas gloriosas derrotas que lo alejaban temporalmente del teatro, con miedo y con hastío, para luego sentir de nuevo su atracción tentadora y volver a él más enamorado y animoso. En sus últimos años trató de repasarla con la intención de darla a la escena; pero de una parte el mal estado de su vista, que no le permitía leer por sí su propio manuscrito, y de otra su debilitada voluntad, le impidieron lograrlo.

Es una comedia en tres actos, como queda dicho, escrita en días, acaso en horas; genial improvisación de quien a la par que creaba iba escribiendo lo creado, con todos los aciertos, titubeos y vacilaciones inherentes a la gestación de una obra. Hasta tal punto, que muchos personajes, incluyendo el protagonista, están designados en el embrionario borrador con dos o tres nombres distintos; algunas escenas son extremadamente prolijas; otras no están sino apuntadas; ante más de una hállase interrumpido el diálogo por renglones del plan; varias son meramente notas o acotaciones marginales, y de alguna hay dos versiones diferentes... A veces el propio autor se pregunta: «¿Es esto así?» «¿Convendría tal cosa?» Y continúa sin detenerse, por que haga la mano el milagro de recoger y de fijar el ágil y veloz pensamiento en sus mil sinuosidades y matices.

Nuestro trabajo ha sido primero de reflexivo estudio; luego de selección, y últimamente de refundición y composición de lo elegido... Con tino y pulso, había que prescindir de lo redundante y de lo inútil (entre otras cosas, algunos personajes episódicos que entorpecían la acción); descubrir y realzar en ocasiones lo bello; precisar lo indeciso; esclarecer lo oscuro; concertar lo contradictorio; entrever lo sentido y no escrito; crear lo no creado, y,

en suma, completar, acabar, refundir... Trabajo que no requería gran esfuerzo mental, pero sí un poco de paciencia y un mucho del mejor deseo y de amor a la obra original; asimilación del espíritu del autor y de su lenguaje; adivinación a veces del rumbo de su vuelo, y por último, esmero y cariño, como si fuese la emprendida labor propia, y respeto y veneración sabiendo que era ajena y de tan alto numen... Trabajo que no ha sido tanto que ni por un momento pueda decirse que la obra, del principio al fin, no sea de Galdós, ni tan poco que honradamente debamos ocultar nuestros nombres, eludiendo así la responsabilidad que en la empresa nos quepa.

Va dicho todo esto, ya se comprenderá pensando rectamente, de ningún modo por jactancia, que sería indiscreta, aunque el empeño haya sido honroso, sino solamente para hacer ver a quienes miren con amor estas cosas la índole especial de la labor que, por suerte nuestra, hemos llevado a cabo.

Si aceptamos sin vacilar el delicado encargo de la refundición, en el deseo de que ANTÓN CABALLERO pudiera representarse, fué, ante todo, accediendo al de la hija del autor y estimulados por la alegría de ofrecerle al público nuevas e inesperadas criaturas de la cantera galdosiana; luego, en lo que atañe a escrúpulos literarios, porque sabíamos el muy hala-

güeño concepto que tenía D. Benito de nuestra adaptación escénica de su *Marianela;* y finalmente, porque ya alguna vez, años hace, a ruego del maestro y con su aplauso, refundimos labor teatral de su privilegiado ingenio.

¡Ojalá hayamos acertado a merecer ahora, ya que nos falte el suyo, el aplauso de sus devotos!

S. y J. Álvarez Quintero.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELOÍSA	María Vila.
DOÑA MALVA	María Cancio.
VERONICA	Asunción Vivero.
QUITERIA	Amalia Grao.
ANTÓN CABALLERO	Enrique Borrás.
DON PELAYO	Leovigildo Ruiz Tatay.
DON HILARIO	Alberto Romea.
MADRUGA	José Tello.
REGINO	Pío Daví.
GONZALITO	Luis D. Luna.

ACTO PRIMERO

Comedor burgués, provinciano. Puerta al foro, que deja ver al fondo el jardín de la casa. Sendas puertas a derecha e izquierda. Es de día.

ELOÍSA, DOÑA MALVA, DON PELAYO, DON HILARIO y REGINO están de sobremesa tomando café; QUITERIA, la criada, dobla los manteles y los guarda en el aparador. Luego se retira por la puerta de la derecha, llevándose el servicio de postres.

DON HILARIO

Digan lo que quieran las modas, a mí me gusta más el café sobre el dulce que sobre la fruta.

DON PELAYO

Y a mí. ¿Un cigarro, Hilario?

DON HILARIO

Venga un cigarro: que el festín sea completo. ¡A esto le llama tu mujer hacer penitencia!

DOÑA MALVA

Para estas penitencias... ya elijo yo bien a los penitentes.

DON HILARIO

¿Tú no fumas... todavía, Regino?

REGINO

No, señor; no fumo.

DON HILARIO

¿Por respeto a tus padres, que están delante?

DOÑA MALVA

No, no; porque no fuma.

DON HILARIO

Pues, mire usted, Malva, me sorprende en un soñador, en un idealista: el humo del cigarro excita la imaginación, enciende las ideas, sube siempre a lo alto... Por supuesto, que ya van siendo en Agramante casi tantos los que no fuman como los que fuman.

DON PELAYO

¿Otra estadística?

DON HILARIO

Otra: son mi cuerda.

ELOÍSA

(Levantándose.) Con permiso de ustedes.

DOÑA MALVA

¿Te vas, mujer?

ELOÍSA

Si usted me lo consiente, tía.

DON HILARIO

Pero ¿no toma usted café?

ELOÍSA

No, señor.

DON HILARIO

Pues ¡esa sí que es penitencia! ¡Está exquisito!

DON PELAYO

Tal vez por penitencia no lo tome Eloísa.

ELOÍSA

¡Qué disparate! ¡Vaya un sacrificio!

DON HILARIO

Pues yo protesto de que nos deje usted. ¡Bonita manera de obsequiarme, amiga! Se me convida a almorzar con ustedes — me convido yo, más bien dicho —, y me convido, no sólo por la buena mesa, sino también por contemplar de cerca a la sobrina de mis buenos amigos Pelayo y Malva; y en lo mejor y más gustoso de la comida, que es la sobremesa, usted nos abandona; la bella Eloísa se sustrae a mi admiración.

ELOÍSA

Es que me duele la cabeza, don Hilario; padezco de jaqueca...

DON HILARIO

¿La jaqueca soy yo, quizá? ¿Con mi charla, mi

buen humor y mis estadísticas le he dado a usted dolor de cabeza?

ELOÍSA

¡No, por Dios, don Hilario!

DOÑA MALVA

La verdad es que ella va a sus meditaciones.

DON PELAYO

Siendo así, yo nada tengo que oponer.

DOÑA MALVA

¡Pues yo sí tengo, ya ves tú! Y cuidado que a creyente y a religiosa nadie me gana; pero en un buen medio... En fin, no quiero disgustarte, sobrina: ve adonde quieras.

ELOÍSA

Yo no quiero tampoco que usted se disguste. ¿Quién había de pensar que mi retirada de la mesa, cosa tan sencilla, diese lugar a estos comentarios? Hasta luego. *(Vase por la puerta del foro.)*

(Los ojos de Regino la siguen a lo hondo del jardín.)

DON PELAYO

Vete con Dios, hija.

DON HILARIO

¡Rece usted por nosotros!

DON PELAYO

No se marcha a la iglesia, ahí donde la ves, porque está cerrada a estas horas. A solas en su cuarto eleva su espíritu a las alturas místicas.

DON HILARIO

¡Desdichada criatura! Tan bella... tan joven... y ¡ya santa!

DON PELAYO

No te burles, Hilario.

DON HILARIO

Yo no me burlo; pero cuantas veces esté a mi alcance, procuraré hacerle entender a Eloísa que la religión es necesaria, es santa, es hasta obligatoria... mientras no es delirio.

REGINO

Pues yo no proscribo el delirio, que es ocupación de las almas que sueñan.

DON PELAYO

Aquí tenemos a otro que tal.

DOÑA MALVA

Pero, hijo mío, ¡qué manera de sorberte el café! Vas a abrasarte.

DON HILARIO

Se conoce que le ha entrado prisa. Otro incon-

veniente de no fumar. El cigarro da calma: los fumadores no tenemos prisa mientras fumamos.

REGINO

Es posible. *(Se levanta.)* Discúlpeme usted, don Hilario; voy un rato al Casino. Me esperan los amigos allí.

DON HILARIO

Yo también iré, pero más tarde. No cambio aquella sociedad por ésta.

REGINO

Hasta después.

DON PELAYO

Adiós.

DOÑA MALVA

Adiós, hijo.

(Vase Regino por donde Eloísa, como si siguiese su huella.)

DON PELAYO

(A D. Hilario.) ¿Crees tú que va al Casino?

DON HILARIO

¿No, eh? ¿Va también a sus meditaciones?

DOÑA MALVA

¡Pobre hijo de mi alma! Va, como siempre, a lo imposible. No pisa en la tierra. Ahí le tiene usted: enamorado ahora de su prima... que es amor imposible. En el jardín vaga noche y día, encantado en mirar la ventana del cuarto de ella.

DON HILARIO

De la celda, dirá usted mejor.

DON PELAYO

De la celda; eso es.

DON HILARIO

Ya había observado yo en Reginito... Y el caso no carece de lógica. Eloísa es bella, graciosa, elegante... tiene poderoso atractivo... Y además es ideal lejano, inaccesible, como ha dicho usted, Malva... Y además... es mística de algún tiempo a esta parte. No hay que estar tan neurasténico como está Regino para sentirse seducido por esa mujer.

DOÑA MALVA

¡Pobre tontín mío! ¡Pobre ángel!

DON PELAYO

¿Te choca a ti, Hilario, el misticismo de última hora de mi sobrina? Pero ¿es que no le sobran razones para volverse cien veces maniática? A los veintidós años se encuentra la infeliz en la situación más rara del mundo: ni soltera, ni casada, ni viuda.

DON HILARIO

Puntualicemos. Es casada... con el marido ausente.

DOÑA MALVA

¡Ay, si Dios hubiera querido que esa ausencia fuese completa!...

DON HILARIO

¿Es Dios quien lo había de querer? Dios no siempre coincide con lo que deseamos por acá abajo.

DOÑA MALVA

¿Qué quiere usted decir?

DON HILARIO

Nada, nada...

DON PELAYO

Un año hace ya que Eloísa se separó de su marido.

DON HILARIO

Un año largo: al hombre de las estadísticas y de las historias no vas a contárselo tú.

DON PELAYO

Yo la libré de aquel suplicio trayéndola a mi casa.

DOÑA MALVA

Y con nosotros ha vivido contenta... hasta hace poco, en que empezaron sus melancolías, su aislamiento, y ha venido a parar en este misticismo tan absurdo.

DON PELAYO

Nosotros — tú nos conoces bien — alardeamos de religiosos, imponemos a todos la religión; la consideramos como una fuerza social, como el aglutinante...

DON HILARIO

En ello estoy: a la vez como un freno y una sanción.

DOÑA MALVA

Pero no llegamos hasta consentir que una mujer joven, bonita, rica, se quiera hacer santa.

DON HILARIO

A ver: un dato que a mí me falta en mis papeletas: Eloísa ¿echa de menos a su marido, al famoso *Trueno?*

DON PELAYO

¡Quia!

DOÑA MALVA

¡Ni por pienso!

DON PELAYO

¡Si lo detesta!

DOÑA MALVA

¡Si nombrarle al marido es nombrarle al demonio!

DON PELAYO

La sola idea de que reaparezca en Agramante aquel hombre maldito, la vuelve loca.

DON HILARIO

En ese caso, tú tienes razón: ni soltera, ni casada, ni viuda. La tristeza de ese estado y su innata virtud la han conducido a la exaltación religiosa. *(Intencionadamente.)* ¿Y de él, qué se sabe? ¿Se sabe algo?

DOÑA MALVA

Como no lo sepa usted, que es don Sábelo Todo...

DON PELAYO

Se ha dicho por aquí hace poco que andaba de aventurero en Norte-América, a salto de mata, metido en lo peor, como siempre.

DOÑA MALVA

Robando y asesinando. ¡Si es un bandido! Aquí lo fué... y lo será dondequiera que viva.

DON HILARIO

También se dijo no hace mucho que alguien lo había visto en Gibraltar.

DOÑA MALVA

Pero luego se desmintió. Pido a Dios que lo mande a un país insalubre, lleno de alimañas dañinas; a un país donde haya volcanes, abismos, fieras, antropófagos, y donde las moscas y los mosquitos sean venenosos.

DON HILARIO

¿Nada más?

DOÑA MALVA

¿Para qué estará todavía ese hombre en el mundo?

DON HILARIO

¡Para que usted le eche bendiciones!

DOÑA MALVA

¡Hilario, que anda usted hoy pica que pica! ¡No me sulfure usted!

DON PELAYO

Mira, Malva: para suavizarlo enteramente y pasarlo a tu bando, danos unas copitas de coñac.

DON HILARIO

¡Magnífico!

DON PELAYO

(Llamando.) ¡Quiteria!

DOÑA MALVA

No, no llames; yo misma lo traeré. *(Con gran esfuerzo trata de levantarse.)*

DON PELAYO

¿Ves? Está medio inválida y no permite que le hagan las cosas.

DOÑA MALVA

(Con desesperada energía.) ¡No, no estoy inválida! Sólo que... ¡Virgen! ¡Estas renegadas piernas!...

(D. Hilario se levanta para ayudarla.)

DON HILARIO

¡Upa!

DOÑA MALVA

Alcánceme mi palo. *(Se pone en pie, y vacilando coge el bastón que le da D. Hilario.)*

DON HILARIO

Tome usted. Pero ¿qué necesidad había...?

DON PELAYO

¡Genio y figura...!

DOÑA MALVA

Es el reuma pícaro... Las rodillas se me insubordinan. ¡Pero yo he de poder más que ellas! *(Dirígese al aparador renqueando.)*

DON PELAYO

¡Todo ha de hacerlo por su mano! Y no se rinde: es incansable.

DOÑA MALVA

Hilario, voy a darle a usted del mejor que tenemos.

DON HILARIO

Gracias, amiga mía.

DOÑA MALVA

Para hacer las paces.

DON HILARIO

Si no ha habido guerra entre nosotros... Si comprendo que se haya exacerbado su odio a Antón Caballero... Antes no era más — y ya era bastante — que el martirio de su sobrina; ahora es el obstáculo al amor de su hijo.

DON PELAYO

Yo le propongo a ésta que mandemos a Regino a Madrid una temporada.

DOÑA MALVA

(Sirviendo el coñac.) ¡No y no! Mi hijo no debe separarse de sus padres. ¡No tenemos otro! De los cinco que nacieron he perdido a cuatro. No nos queda más que este pobre Regino, que es un inocente, un alma de Dios. Créalo usted, Hilario.

DON PELAYO

Un poco enfermizo... Como ya es único, quizá le hemos mimado más de lo regular.

DOÑA MALVA

Mimar llama éste a criarlo para nuestro cariño, y para que en su día disfrute sin fatigas de nuestros bienes. ¿Que no ha seguido ninguna carrera? Y ¿qué falta le hace? En cambio, es bien ilustradito. En el pueblo ejerce autoridad: todos

le oyen con la boca abierta. Su opinión vale mucho. Sabe mucha filosofía.

DON HILARIO

¡Ah! eso sí. Algunas tabarras nos da en el Casino. En cuanto salta un filósofo nuevo, Regino se lo sorbe, como yo el coñac. Cosas de chico...

DON PELAYO

Todo eso es error que pasa.

DON HILARIO

Mi filosofía, por el contrario, es permanente; pero no consigo metérsela en la cabeza a nuestro filósofo.

DOÑA MALVA

Y ¿en qué consiste su filosofía, maulón?

DON PELAYO

¡En vivir lo mejor que puede!

DON HILARIO

Y en tomar en todas las cuestiones el justo medio que Malva le indicaba antes a Eloísa criticando su exagerada religiosidad.

DON PELAYO

Ítem: en recoger cuidadosamente las historias del pueblo y llevar una crónica exacta de los sucesos y una estadística de las personas...

DON HILARIO

Por oficios, profesiones y buenas o malas costumbres. Oye: para que no te rías: en Agramante hay ocho boticarios, veintisiete curas, cuatro maestros de piano, uno de flauta, treinta y dos barberos, ochenta ladrones...

DON PELAYO

¡Caray!

DON HILARIO

¿Te parecen pocos?

DON PELAYO

¡Me parecen muchos, para vivir en paz!

DON HILARIO

Pues cuando gustes los enumero puntualmente: desde salteadores de caminos... hasta modestísimos consumeros. Además hay en Agramante diez y ocho abogados de secano, que no ganan una peseta, y uno de regadío, que eres tú, que con los pleitos has hecho una fortuna.

DOÑA MALVA

Su trabajito le ha costado, amigo; que no se cogen truchas a bragas enjutas.

DON HILARIO

No discuto yo eso. Y sobre ser un gran abogado, capaz de probar que una cucharilla de café es una espada toledana, es la providencia del pue-

blo y del distrito; es el que manda en la comarca; el que tiene en la mano el bien y el mal para repartirlo, según los merecimientos de cada cual: nuevo Padre Eterno. Es, en suma, el...

DOÑA MALVA

No repare usted en decir el cacique. No nos enfadamos por eso. A mí me llaman *la cacica,* porque es más ridículo que la caciquesa, y a mi hijo, el caciquillo.

DON PELAYO

Sin pretenderlo, he venido a ser el dispensador de favores, y el árbitro de este distrito, por una confabulación de circunstancias favorables. Ayúdate, que Dios te ayudará.

DON HILARIO

En la abogacía, te repito que eres un águila; todo te lo debes a ti mismo. En la política local eres, no un águila, un nido de águilas. Pero, permíteme esta verdad, serías mucho menos si no tuvieses esta mujer, esta leona.

DON PELAYO

En efecto: ella podrá no sugerirme ni infundirme ideas, pero sí el ardor en la lucha, la enérgica resolución, la fuerza para ejecutar.

DON HILARIO

Malva vale un tesoro...

DOÑA MALVA

No, Hilario, no; yo no valgo nada. Sólo que... es preciso ser fuerte. El mundo es de los fuertes. ¿No es mejor devorar que ser devorado?

DON HILARIO

Indudablemente... Devorar... devorar... ¿Quién contesta otra cosa, sobre todo después de un almuerzo en que ha habido cordero, besugo y pollo?

DON PELAYO

¡Ja, ja, ja!

DOÑA MALVA

Usted dice las verdades en broma, y yo en serio.

(Llega Madruga por la puerta de la derecha del actor. Es mitad matón, mitad muñidor electoral; hombre listo, taimado, capaz de todo lo que le convenga.)

MADRUGA

Con la venia de los señores.

DON PELAYO

¡Adelante, Madruga!

DOÑA MALVA

¡Hola, Madruga!

DON HILARIO

¡Gran Madruga!

MADRUGA

Don Pelayo y la compañía, salud.

DOÑA MALVA

¿Qué traes por esta casa?

MADRUGA

El gusto de saludar a ustedes.

DON HILARIO

(Con retintín.) Y alguna novedad, de seguro. Porque este Madruga no da paso en balde.

MADRUGA

Pues esta vez no acierta el señor don Hilario.

DON HILARIO

Con todo, me retiro. El onceno... Y que de tabarra, ya está bien. *(Despidiéndose.)* Malva insigne... Pelayo omnipotente... Madruga heroico... a la paz de Dios.

DOÑA MALVA

Vaya usted con Él.

DON PELAYO

Hasta la noche.

MADRUGA

Para servirle, don Hilario.

DON HILARIO

Gracias. *(Vase por la puerta de la derecha.)*

DON PELAYO

Siéntate, Madruga.

DOÑA MALVA

¿Quieres una copa de coñac?

MADRUGA

Se acepta, doña Malva. En el tomar no hay engaño.

DON PELAYO

Deja; yo se la serviré.

MADRUGA

Tanta honra...

DON PELAYO

A los leales, siempre.

MADRUGA

Pues de convites está el día. Éste es el tercero. La gente anda contenta por ahí.

DOÑA MALVA

¿Con nosotros?

MADRUGA

Por ustedes. He almorzado con Gasparín, el hijo del secretario del Ayuntamiento.

DOÑA MALVA

¡Ah, sí! Anoche estuvo a vernos. Tan agradecido.

DON PELAYO

Los contrarios querían birlarle a su padre la Secretaría.

DOÑA MALVA

¡En flojo proceso le iban a enredar! Pero es un buen amigo, y había que protegerlo.

DON PELAYO

¿Y Bocanegra? ¿Has hablado con Bocanegra?

MADRUGA

Bocanegra no se cambia por ningún mortal. ¡Ahí es nada! ¡Pescar en Agramante el arriendo de los Consumos!

DON PELAYO

Toma y daca. Me sirvió, y le serví. Esto es todo.

MADRUGA

¡Y no hay otra en la vida! Los hermanos Suárez rechinan los dientes; dicen que ellos habían presentado mejor proposición.

DOÑA MALVA

¡Pero a nosotros no nos habían hecho favor ninguno! ¡Que se fastidien!

DON PELAYO

¿Vamos a abandonar el interés del pueblo, del partido?

MADRUGA

¡Pues claro está que no! Y a propósito. Quien me parece muy poquita cosa es el alcalde que tenemos.

DOÑA MALVA

Poquita cosa es. Ya le he dicho yo a mi marido que va a haber que cambiarlo. No debemos extremar nuestra protección. Se asusta de todo: es una liebre. Y muy torpe. Ahora ha chocado con los del Catastro, sabiendo que hay órdenes precisas del diputado y del ministro, porque le incomodan a él, que dice que vienen a perturbar al pueblo. Es muy torpe. Además sueña día y noche con el expediente que le ha formado el inspector de Hacienda.

DON PELAYO

¡Y ya le hemos dicho que ese expediente dormirá el sueño de los justos!

DOÑA MALVA

¡Lo enterraremos bien: no habrá excavación que lo descubra! Pues nada: se asusta el señorito. Habrá que mandarlo a su casa. No nos sirve.

MADRUGA

¡Se perfuma mucho para gobernar este pueblo!

DON PELAYO

¿Y por Moratilla, qué hay?

MADRUGA

Figúreselo usted: lo de siempre: envidia de Agramante. Les tenemos debajo del pie.

DOÑA MALVA

¿Es cierto que una cuadrilla quiso apalear a los de Rebolledo en la fiesta?

DON PELAYO

¿Y que han robado en el monte de Onrubia?

MADRUGA

Ciertas son las dos cosas. Y otras cien. Hay hambre allá, que es mala consejera. Sobre los perjuicios del reparto de contribuciones, sienten ahora la falta de agua. ¡Pero de que no llueva en Moratilla no tendremos la culpa también en Agramante! A pesar de lo cual, todo su rencor es para nosotros.

DON PELAYO

Así están las cosas.

DOÑA MALVA

Y así hay que sostenerlas.

MADRUGA

Y... ¿qué me dicen ustedes de lo mío?

DON PELAYO

¿De qué?

MADRUGA

De la vacante de la Tabacalera, que quiero para mi sobrino Jacobo.

DON PELAYO

Pero, Madruga, ¿no sabes que me he comprometido con Pastor, el médico, que la solicita para su hermano?

DOÑA MALVA

¿Qué te has comprometido con Pastor, sabiendo que la deseaba Madruga?

MADRUGA

¡Y para mi sobrino, que es mi ojito derecho!

DON PELAYO

Yo no creí que tuvieras tanto interés... Hay que atender a todos...

MADRUGA

Don Pelayo, será lo que usted mande; pero...

DON PELAYO

Veremos en la primera ocasión...

DOÑA MALVA

(Vivamente.) ¡Qué primera ocasión ni qué música! En toda ocasión los amigos útiles son antes

que nadie, Pelayo. Madruga, tu sobrino tendrá la plaza. Entre ese mediquillo que mata a la gente, y Madruga, que resucita a los muertos en las elecciones para que voten a tu gusto, no es posible dudar.

DON PELAYO

Me has convencido, Malva. Ya lo ves, Madruga: mi mujer lo atropella todo por servirte.

DOÑA MALVA

Como debe ser.

MADRUGA

Y yo lo agradezco en el alma, señora mía.

DON PELAYO

¡Buen amigo me voy a echar en el tal médico!

MADRUGA

En no llamándole cuando esté usted enfermo, no hay peligro alguno.
(Ríen los tres.— Vuelve Quiteria por la puerta de la derecha, con unas cartas, que le da a D. Pelayo.)

QUITERIA

El correo, señor.

DON PELAYO

Trae acá. ¿Nada más que esto? Mira, Madruga, qué montón de cartas.

MADRUGA

¡Los hombres importantes!...

DOÑA MALVA

¿Hay algo para mí?

QUITERIA

Nada, señora. Todo es para el señor. *(Recoge el servicio de café y se va de nuevo por la puerta de la derecha.)*

DON PELAYO

Con permiso tuyo, Madruga, voy a abrir esto, que espero noticias de interés... *(Éntrase por la puerta de la izquierda.)*

MADRUGA

Sí, señor. ¡Faltaría otra cosa! Y si usted no dispone de mí, doña Malva...

DOÑA MALVA

Sí. Un momentito; espera un momentito, que voy a reñirte.

MADRUGA

¿A reñirme? ¿En qué he faltado a la señora?

DOÑA MALVA

No has sido tú; ha sido tu sobrino Jacobo, por quien tú te desvelas, y a quien ya has visto que yo protejo.

MADRUGA

Pues ¿qué ha hecho ese locuelo?

DOÑA MALVA

Ha tenido el atrevimiento de hablar con Eloísa

en términos irrespetuosos. Eloísa es sobrina de mi marido; merece respeto. Es una señora casada, y no está bien que un mocoso como tu sobrino le dirija requiebros y chicoleos de mal gusto.

MADRUGA

Verá usted, doña Malva... Yo le aseguro a usted que mi sobrino habrá guardado las conveniencias, porque tiene buenos principios y sabe conducirse con las señoras... Ahora... en otra cosa ya no entro... porque eso es querer poner puertas al campo.

DOÑA MALVA

¿Qué?

MADRUGA

La sobrinita es linda... mi sobrino es joven, un poco romántico, como se dice, nada corto de genio... y tiene, como todo muchacho, la ilusión del amor.

DOÑA MALVA

¡Pero Eloísa es casada!

MADRUGA

¿Casada?... ¡Pudiera dejar de serlo el mejor día!... Su marido, el mala cabeza de su marido, se fué a tierras lejanas y salvajes, donde el dinero se gana en un santiamén y en otro santiamén se pierde la vida... Dos veces se ha dicho ya que había muerto...

DOÑA MALVA

Sí, sí; dos veces. Una en un naufragio; otra en

riña, en unas minas de oro. Pero las dos veces se desmintió.

MADRUGA

Pues a la tercera va la vencida, doña Malva.

DOÑA MALVA

¿Cómo?

MADRUGA

Que ahora ha sido de veras; que ahora ha muerto.

DOÑA MALVA

¡Madruga! ¿Qué dices?

MADRUGA

Su sobrina de usted es viuda ya.

DOÑA MALVA

¡Jesús! No lo quiero creer; no me consiento... ¿En qué te fundas para asegurarlo? Sólo en el deseo no será.

MADRUGA

No, señora; yo no le deseo a nadie la muerte.

DOÑA MALVA

Yo, a ese bandolero...

MADRUGA

Lo que hay es que un amigo mío me escribe desde Méjico que al *Trueno* le han matado en no sé qué algarada revolucionaria; que él lo ha visto por sus propios ojos.

DOÑA MALVA

¡Dios mío! ¿Es posible? ¿Al fin has hecho tu justicia?

MADRUGA

No lo dude usted; la noticia es veraz. Eloísa es viuda.

DOÑA MALVA

¡Viuda!... Pues bien, Madruga, oye esto: aunque sea viuda Eloísa, no será para tu sobrino. Ya se contentará con la vacante de la Tabacalera.

MADRUGA

Eso yo no lo sé. Por mí, haré los posibles... Descuide la señora.

DOÑA MALVA

Así lo espero de tu lealtad.

MADRUGA

Pero ese es un terreno en que no valen súplicas, ni amenazas, ni poder alguno. Las mujeres son para el que sabe festejarlas y rendirlas. Premios que da la vida a nuestros afanes. A veces resultan castigos, pero como premios se reciben. ¿Me manda algo más la señora?

DOÑA MALVA

Nada más que eso. No te olvides de cuál es mi gusto. Adiós.

MADRUGA

Servidor de la señora. *(Se marcha por la puerta de la derecha.)*

DOÑA MALVA

(Después de una pausa.) ¡Para el ganso de tu sobrino iba a estar aquí guardada esta alhaja!... ¡Limpiaos los dos, bellacones!

(Por la puerta del foro viene oportunamente Regino, con extraña alegría.)

REGINO

¡Mamá! ¡Mamá!

DOÑA MALVA

¡Hijo! ¿Qué traes? ¿Sabes algo?

REGINO

¿Lo sabes tú?

DOÑA MALVA

Tu cara te vende... Madruga me ha traído a mí la noticia. ¿Y a ti?

REGINO

Ha muerto el *Trueno;* ¿no es verdad?

DOÑA MALVA

¡Ha muerto! Así parece. ¿Quién te lo ha dicho a ti?

REGINO

En el Casino. Andrés Hinojosa ha recibido carta de un compañero suyo, un chico diplomático, en la cual le da pelos y señales del hecho.

DOÑA MALVA

¿Ha sido en Méjico, en un motín revolucionario?

REGINO

¡No: en California; en un desafío!

DOÑA MALVA

Son cosas bien distintas.

REGINO

Siempre ocurre lo mismo. Las noticias se refieren desfiguradas. Con que el fondo sea cierto...

DOÑA MALVA

Sí; dices bien... Y esta vez ha de serlo; debe serlo, hijo mío.

REGINO

Pero a Eloísa nada se le dirá hasta adquirir absoluta certeza.

DOÑA MALVA

Nada; claro es. Tú, sin embargo, aprovecha el tiempo; no pierdas las horas en contemplaciones platónicas... Gana su afecto lentamente, procurando hacerte agradable a sus ojos.

REGINO

Mamá, esto que tú me recomiendas... ¡lo he intentado yo tantas veces!... Pero sin resultado nunca. Eloísa es un misterio... y por eso es más bella; Eloísa es un abismo... y por abismo, más insondable. Siempre que trato de explorar en su alma encuentro su interior envuelto en sombras... Su carácter se ha tornado áspero, displicente...

DOÑA MALVA

¡Ella, que era tan dulce!... Efecto es eso de la manía religiosa... Su desgracia y el no poder tener afectos sin ofensa de la moral, la han conturbado de esa manera. Pero si Dios ha querido ya que sea libre...

REGINO

No sé, no sé... Yo me confundo... Me atrae y la respeto... Le huyo... y me acerco a ella, sin embargo... Alma fervorosa, enamorada de la santidad, ¿cómo podrá escucharme nunca?

DOÑA MALVA

¡Bah, bah! Te pierdes en puras sutilezas. No veas en el misticismo de Eloísa más que el desconcierto producido en su alma por un matrimonio desatinado. Yo no creo en su santidad ni en ninguna... en los tiempos que corren. La religión es indispensable: es un lazo social, una fuerza, sin la cual no es fácil gobernar a estos pueblos bárbaros, a estas muchedumbres groseras... Pero otra cosa no, otra cosa no. Ni lo es, ni debe serlo. La pobre Eloísa se ha encontrado en la flor de la juventud casada de derecho; viuda de hecho... Y ese es el quid; no hay que pensar en más filosofías. Tu deber es ganar su ánimo; salvarla. Te sobran medios para ello: tienes buena figura, gracia, ingenio, saber...

REGINO

¡Ah! No sé si tengo todo eso que ven en mí tus ojos de madre. Sé que los que tú llamas desvaríos

del espíritu, me imponen a mí mucho respeto.. ¡Es tan fácil profanar un santuario!... Vivimos los hombres del día harto encenagados en el egoísmo para comprender los vuelos atrevidos de las almas; andamos muy a flor de tierra; no tenemos alas... Eloísa las tiene.

DOÑA MALVA

Alas tenemos todos, tontín. En fin, yo voy a comunicarle a tu padre... A ver él qué dice. Mira: allí viene ella... *(Señala al fondo.)* Viene de visitar el monjío. También se adiestra con las hermanas del hospital en el aprendizaje de la cura de heridos y de enfermos. Aquí tiene uno a quien curar. Te dejo con ella, Regino. Pronuncia en su oído voces tiernas... La mujer, aunque sea santa o estudie para santa, oye siempre con gusto las palabras delicadas del hombre... Y si se te muestra esquiva, no hagas caso: sé siempre hombre, sé galán... Mira lo que haces, Regino... Sé hombre, hombre de veras.

(Aparece por la puerta del foro Eloísa, cargada de flores en manojos, que sujeta sobre su pecho con ambos brazos.)

ELOÍSA

¿Quién hay aquí? ¡Tía!

DOÑA MALVA

¡Muchacha! ¿Eres la Primavera?

ELOÍSA

¡Ah! Regino. Ayúdame a llegar a puerto con mi carga. *(Se le caen varias flores.)* Coge ésas.

REGINO

(Obedeciéndola.) ¡Sí!

ELOÍSA

Ahí tiene usted a las de Ojeda, tía.

DOÑA MALVA

¿Las de Ojeda? ¡El Diario parlante!

ELOÍSA

Me han mirado de un modo muy particular.

DOÑA MALVA

Como te han visto cargada de flores... ¿Qué traerán esas dos correntonas? Ya sabrán ellas algo nuevo... Voy a ver, voy a ver... *(Desde la puerta de la derecha, a su hijo:)* ¡Tú... Céfiro... ayúdale a Flora!... *(Vase.)*

ELOÍSA

(A Regino, que le sonríe:) Aunque no soy Flora, ni tú Céfiro, ayúdame, anda.

REGINO

¡Qué hermosura de flores! ¿Las traes del convento?

ELOÍSA

Y del jardín del hospital.

REGINO

¿Te las han dado las monjitas?

ELOÍSA

Sí. Han cortado casi todo su huerto para dármelas. Yo no quería, pero ellas se empeñaron. Vamos a ponerlas en agua.

REGINO

Son muy amables, muy buenas, las monjas, ¿verdad?

ELOÍSA

Hay que tratarlas para saberlo bien.

REGINO

Prima, ¿qué clase de consuelo dan a tu alma esas mujeres?

ELOÍSA

¡Oh! ¡El de las dulzuras de la paz!
(Va escogiendo flores, auxiliada por Regino, y reuniéndolas en diversos grupos. Luego, entre los dos las colocan en búcaros, que llenan de agua.)

REGINO

¡El de las dulzuras de la paz!... Noto en ti, Eloísa, de algunos días acá, una intensa melancolía... ¿Tendré derecho a preguntarte...? ¿Me querrás decir si te turban, acaso, recuerdos tristes, presentimientos temerosos?...

ELOÍSA

No, Regino; ninguna turbación me altera.

REGINO

¡Dichosa tú! Yo, sí, prima; yo sí siento tristezas

hondas, y me paso los días mirándome en ellas... como el sauce de las aguas quietas.

ELOÍSA

(Con ligera inflexión de burla; sin mirarle; atenta a la tarea de las flores.) ¿Poesía, Regino? ¿Acertó al llamarte Céfiro tu madre?

REGINO

Todos los tristes son poetas sin saberlo.

ELOÍSA

Yo, no... Yo soy triste... y prosaica.

REGINO

¡Prosaica tú!... Óyeme, Eloísa.

ELOÍSA

Ya te oigo. Pon agua en este búcaro.

REGINO

Sí. Dime: ¿no podríamos fundir nuestras tristezas, las tuyas y las mías, no para aliviarlas, porque eso ha de ser imposible, sino para... para que nuestras almas sientan juntas, con un solo dolor, el goce de las supremas angustias?

ELOÍSA

Criatura, estás terrible de metafísico. Nada de lo que me dices entiendo.

REGINO

¿No será que te distraes con las flores? Llamo

yo supremas angustias a la aspiración nunca lograda de alcanzar el supremo bien.

ELOÍSA

¡Ah, ya! Si el supremo bien es la verdad, a la que por la fe se llega, creo que voy mejor sola que fundida, como tú dices, con otro ser ninguno.

REGINO

El camino de la perfección es tan áspero, Eloísa, que por él van mejor los que van en pareja que los que van solos.

ELOÍSA

¡Ay, no! Yo no pienso así.

REGINO

Yo así pienso y siento. Me da temor ir solo. Necesito un alma superior a la mía, que me guíe, que me aliente.

ELOÍSA

Vamos, y me quieres a mí de rodrigona; de institutriz mejor, porque eres un niño.

REGINO

No es eso.

ELOÍSA

Antes eras un superhombre, y ahora tan poco hombre que necesitas de una pobre mujer para... para no sé qué, pues te repito que no lo entiendo.

REGINO

No entiende... quien no quiere entender. *(Contrariado.)* Te muestro mi alma... y tú te burlas.

ELOÍSA

Burlarme no, Regino. Eso no. Pero no me pidas milagros del reino de la inteligencia, porque la he perdido. *(A un gesto de él.)* Quiero perderla en absoluto y llegar a la completa simplicidad. Ahora me miras como pensando: «¡Por Dios, que has llegado ya, o poco te falta!»

REGINO

Mal traduces mi pensamiento.

ELOÍSA

¿Ves como he perdido la inteligencia?

REGINO

No, no la has perdido; pero si tratas de apagarla para que tu alma se alumbre exclusivamente con la luz de la fe, en cambio, Eloísa, tu sensibilidad ha de ser cada día más viva.

ELOÍSA

(Volviéndose hacia él para darle un búcaro con rosas.) ¡Ay! ¡En eso estás más equivocado que en lo demás! Trato de ser por completo insensible, y lo voy consiguiendo. Sí, Regino; absolutamente insensible. *(Le mira con fijeza.)*

(Regino contempla el rostro de Eloísa, que es en este instante como el de una imagen de madera: sin expresión, inalterable y sin ninguna movilidad. Luego, alejándose de ella, murmura:)

REGINO

¡Y mi madre quiere que yo incendie esta piedra... este mármol! ¡Ay!... Quizá cuando se entere...

ELOÍSA

¿Qué dices?

REGINO

Nada... Comentaba entre mí tu resolución de volverte insensible.

(Sale D. Pelayo por donde se marchó, harto mal humorado.)

DON PELAYO

¿Eloísa? Regino, ¿dónde está tu madre?

REGINO

De visita con las de Ojeda.

DON PELAYO

¡Ah, con las de Ojeda! ¿Cómo habían de faltar hoy las de Ojeda? Y vosotros dos, ¿qué estáis haciendo?

ELOÍSA

Regino me ha ayudado a arreglar estas flores, y mientras tanto... hemos filosofado un poco.

DON PELAYO

Filo... filosofado, ¿eh? Pues no está la Magdalena para tafetanes ni el horno para filosofías. Sois un par de simples.

REGINO

No lo niego.

DON PELAYO

Tú, más simple que ella.

REGINO

Sin duda.

DON PELAYO

Pues déjame, que necesito hablarle.

REGINO

Bien; sí, señor. Paciencia, primita. *(Retirándose por la puerta del foro.)* (¡Ah! Ya no hay duda; la noticia de la muerte es cierta. Esperemos.)

ELOÍSA

(Con indiferencia.) ¿Pasa algo, tío?

DON PELAYO

Pasa, y mucho. Ven, siéntate a mi lado. El asunto de que vamos a tratar es grave. ¡Muy grave!

ELOÍSA

(Sin inmutarse.) ¿Muy grave? Y ¿hay ya para mí alguno que lo sea?

DON PELAYO

Hay uno, que es éste.

ELOÍSA

Hable usted.

DON PELAYO

Con tanta religión y tantas devociones, tu alma se habrá llenado de fortaleza.

ELOÍSA

Sí, señor.

DON PELAYO

Prométeme no alterarte con lo que te voy a decir. Te pido, hija mía, una serenidad perfecta; quiero que mis palabras no produzcan en ti emoción ninguna.

ELOÍSA

Cuente usted con ello. Dígame lo que quiera y míreme bien al rostro mientras me habla, que no sorprenderá en él la más leve sombra de alteración.

DON PELAYO

Muy bien. Es una ventaja que seas así; que te hayas vuelto así. Si el misticismo te ha dado esa serenidad, bendito sea el elixir místico. Atiende. Tu marido...

ELOÍSA

¿Qué?

DON PELAYO

¿Qué?

ELOÍSA

Nada... no me altero. Vea usted mis ojos.

DON PELAYO

Creí... Pues tu marido... Vamos por partes. Tú me has dicho mil veces que después de lo que entre vosotros pasó, el recuerdo de tu marido es para ti como el recuerdo de un difunto.

ELOÍSA

(Impávida.) Lo mismo.

DON PELAYO

Pues repíteme ahora que del amor que le tomaste, arrebatada inclinación más que amor verdadero, no queda en tu corazón el menor rastro.

ELOÍSA

Lo repito.

DON PELAYO

Lo que yo te diga de él, por tanto, será para ti como si te hablara de personas pasadas a la Historia, de héroes novelescos...

ELOÍSA

Exactamente. Vea usted, vea usted mi cara.

DON PELAYO

Sí, ya la veo: impasible. E impasible te quedarás si te digo que vive como si te digo que muere.

ELOÍSA

Igual.

DON PELAYO

Y ¿no me preguntas si muere o vive?

ELOÍSA

Nada pregunto; ya ve usted.

DON PELAYO

¿Recuerdas bien las horribles peripecias de los seis meses de tu matrimonio?

ELOÍSA

Las recuerdo — usted lo decía antes — como los pasajes de una novela que un día nos conmovieron y que luego nos hacen reír o no nos interesan.

DON PELAYO

Te enamoricaste de él por su labia, por su arrogancia; por aquel atrevimiento, digamos insolencia...

ELOÍSA

Así fué.

DON PELAYO

Yo me opuse con todas mis fuerzas a tu boda.

ELOÍSA

Pero yo salté por todo ciegamente, y me dejé depositar.

DON PELAYO

Justo. Pronto conociste el disparate que habías hecho. Antón olvidó todos sus deberes. Siempre metido en trapisondas, amaba vivir en rebeldía constante... No pensaba más que en pendencias. Hubo día que su vida en esta región era la de un bandido.

ELOÍSA

La de un bandido; sí, señor.

DON PELAYO

Asaltaba cortijos, para distribuir sus riquezas a su voluntad; ponía en libertad a los presos; quería abrir los claustros; expoliaba sin freno a

todo el mundo... Ni a tus tiernas admoniciones ni a las mías atendió. Ni a ti, que eras la dulzura, el amor, ni a mí, que era la razón, la ley, nos hacía ningún caso. Conmigo tuvo reyertas horribles; burlaba a la Justicia, hacía todo linaje de atropellos... A ti, porque quisiste inducirle a la vida tranquila, te ofendió de palabra.

ELOÍSA

Y aun de obra.

DON PELAYO

En fin, que por incompatibilidad y malos tratos te viste al fin libre de aquel sayón, de aquel verdugo... Yo intervine en la separación judicial. El huyó... por suerte, y nos quedamos tan tranquilos.

ELOÍSA

(Suspirando.) ¡Tan tranquilos!

DON PELAYO

Admiro la serenidad de tu espíritu. La religión te ha enseñado a perdonar las ofensas y a mirar con indulgencia el dolor humano. ¿Continuarás impávida como hasta ahora si te digo que tu marido ha muerto?

ELOÍSA

(Con gravedad.) Si es así, perdónele Dios, como yo le perdono.

DON PELAYO

¿Y si te dijera que vive? *(Eloísa permanece paralizada mirando a D. Pelayo muy fijamente.)* ¿No

te inmutas? ¿Oyes la noticia como has oído la de la muerte?

ELOÍSA

Lo mismo: ya usted ve. Si ha muerto, mi oración; si vive, mi olvido piadoso.

DON PELAYO

Pues bien, sábelo ya, santa de esta casa: el *Trueno* aun retumba; el monstruo vive todavía; Antón Caballero ronda otra vez estos lugares. Anoche le han visto en Moratilla. *(Eloísa se levanta. Silencio. Don Pelayo la observa y luego prosigue.)* Dos cartas he recibido yo hablándome de él: una, en que se me dice que ha muerto lejos, no sé dónde, y de manera trágica; otra, en que se me anuncia que vive y que nos busca nuevamente. En ésta creo; la otra se me antoja una patraña. ¿Qué crees tú?

ELOÍSA

Que vive.

DON PELAYO

¿Por qué crees eso y no lo otro?

ELOÍSA

¿No lo cree usted también?

DON PELAYO

Yo, porque lo temo.

ELOÍSA

Yo, no. Pero siento en mí que vive y que acaso está cerca.

DON PELAYO

(Apretando los puños con rabia.) ¡Oh! ¡Nada podrá contra nosotros!

ELOÍSA

Tío, dejo a usted. Quiero ahora recogerme en la soledad de mi cuarto; deseo meditar... lo necesito.

DON PELAYO

Sí, hija, sí.

(Gravemente y sin alteración visible, coge Eloísa unas rosas muy bellas que dejó apartadas sobre la mesa, aspira su aroma y se retira por la puerta de la izquierda en actitud mística, besándolas.)

ELOÍSA

Quiero estar sola... sola con estas rosas.

DON PELAYO

(Viéndola marcharse.) Mujer extraña... incomprensible. ¡Y él, hombre maldito! ¿Por qué no se habrá muerto cien veces? ¿A qué viene sino a infernar? ¡Malva! ¡Malva!... *(Éntrase por la puerta de la derecha.)*

(Queda unos instantes la escena sola, y de repente surge por la puerta del foro el execrado Antón Caballero. Su traza es singular; su apostura, varonil y gallarda. Ha llegado a caballo al pueblo de sus luchas, donde se forjó su leyenda, y entra en la casa de los caciques a dar fe de vida.)

ANTÓN

¡Ah de la casa! Nadie me sale al paso; nadie me lo estorba. ¡Jamás pensé llegar aquí tan llanamente! ¡Ah de la casa! ¿Todos me huyen, o todos han ido a delatarme? ¡Bandidos de Agramante, aquí tenéis ya a Antón Caballero, el bandido!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala baja, con sendas puertas a la derecha del actor y al foro, y una gran ventana a la izquierda. Hermosos vargueños, armas, cuadros de familia, algunos retratos.

DOÑA MALVA aparece sentada. VERÓNICA, acompañante a la sazón de ELOÍSA y su antigua aya, sale por la puerta de la derecha.

VERÓNICA

¿Señora?

DOÑA MALVA

Aquí estoy. Ven, acércate. Quiero hablar contigo dos palabras antes que llegue el monstruo.

VERÓNICA

Pero ¿al fin va a volver?

DOÑA MALVA

¡Ya lo creo! Ayer no se le recibió, porque había que prevenirse un poco... y porque aquélla no era forma de presentarse. ¡Entrarse aquí como en país conquistado, dando voces como en posada lugareña!... ¿Qué se figura él? Pero había que decirle que hoy se le esperaba, para que no nos armase una escandalera, que es lo que él hubiera

querido. Vive de eso: de la camorra, del atropello, de la desvergüenza, del desorden...

VERÓNICA

¡Maldito de Dios! ¡Cuánto ha hecho sufrir a mi niña! Y ¿a qué vendrá, señora?

DOÑA MALVA

¡A molestar!... como dice Pelayo. Y a sacar dinero, si puede.

VERÓNICA

Con tal que se vaya para no volver nunca, denlo los señores lo que pida.

DOÑA MALVA

¡Cualquiera le da lo que pida a un bandolero así! Pero, en fin, si no es demasiado... A enemigo que huye...

VERÓNICA

¡Yo que le hacía ya patitieso y a la niña viuda!...

DOÑA MALVA

¡Eloísa viuda!... ¡Cuánta felicidad para ella... y para nosotros! No hay que desesperar, sin embargo... El mejor día le escabechan al volver una esquina... Quien ama el peligro... Y ella, ¿cómo está? ¿Qué tal ha recibido la nueva? Dímelo tú, que eres su confidente. Porque yo no le he sacado palabra de sustancia ni he podido leerle nada claro en los ojos.

VERÓNICA

No crea la señora que conmigo se comunica mucho más. Está rara, muy rara... muy metida en sí...

DOÑA MALVA

(Recelosa.) ¿Hasta contigo, que la enseñaste a andar?

VERÓNICA

Como se lo digo a la señora. Está rara, muy rara...

DOÑA MALVA

Pues hoy debe guardar clausura rigurosa... ¿me entiendes? En la celda se ha de pasar el día. Hay que evitar que vea a su marido y que él pueda verla también.

VERÓNICA

Sobre eso no pase cuidado la señora. Ella es la primera que no quiere verle.

DOÑA MALVA

Así sea.
(Por la puerta del foro llega, nervioso, D. Pelayo.)

DON PELAYO

Ahí le tenemos ya.

DOÑA MALVA

¡Hola!

VERÓNICA

¡El Señor nos proteja!

DON PELAYO

Le he dicho a Juan que lo pase aquí. Habitación retirada del cuarto de Eloísa; cercana a la calle para cualquier desmán...

DOÑA MALVA

Márchate, Verónica.

VERÓNICA

Sin que la señora me lo mande dos veces. Yo tampoco le quiero ver. *(Vase por la puerta de la derecha.)*

DON PELAYO

Calma, calma...

DOÑA MALVA

Calma, pero no miedo, Pelayo.

DON PELAYO

Yo no tengo miedo; es prudencia.

El miedo es natural en el prudente...

¿Qué sabemos con qué armas vendrá a combatirnos este hombre? Nos odia... Es audaz, astuto... Tiene la audacia del león y la astucia de la serpiente... Yo voy por mi revólver, ¿eh? ¿Qué te parece, Malva?

DOÑA MALVA

(Sacando otro de su faltriquera.) Que mira.

DON PELAYO

¡Ah! ¡También tú! Claro, todo es poco... Te has anticipado a mi pensamiento. Vengo en seguida.

DOÑA MALVA

Tarda lo que quieras. No me importa encararme sola con el peligro. ¡Leoncitos a mí!...

DON PELAYO

De todos modos... *(Éntrase por la puerta de la derecha.)*

(D.ª Malva espera unos instantes, animosa, la temible visita. En la puerta del foro aparece luego, sombrero en mano, nuestro héroe.)

ANTÓN

Señora mía...

DOÑA MALVA

Antón Caballero, adelante.

ANTÓN

Aquí estoy, a la hora que se me concedió la audiencia, ya que ayer pude entrar de rondón en la casa, pero no logré ver a sus señores.

DOÑA MALVA

Teníamos visita; no le podíamos atender como usted se merece en aquel momento...

ANTÓN

Ya, ya. ¡Y que un muerto resucitado siempre turba!

DOÑA MALVA

Aquí no nos asustamos de muertos ni de vivos. Siéntese usted.

ANTÓN

Gracias.

DOÑA MALVA

Siéntese, siéntese.

ANTÓN

Déjeme que siga en pie un ratito. Así manifiesto mejor mi respeto a la noble dama, y al propio tiempo admiro estas preciosidades, algunas de las cuales ya conocía.... Estos vargueños fueron de mi casa: están en el mismo sitio en que yo los vi desde que abrí los ojos.

DOÑA MALVA

Y eso, ¿qué?

ANTÓN

Que como esta casa en que ustedes viven fué mía, como nací en ella, natural es que sienta emoción al entrar aquí; al ver objetos venerables que pertenecieron a los míos.

DOÑA MALVA

Algo queda de su familia de usted. Los Caballeros naufragaron por su mala cabeza. Pero también hay aquí cosas pertenecientes a la familia de Pelayo, a la mía.

ANTÓN

Sí; todo está confundido y revuelto. *(Mirando por la puerta de la derecha.)* Allí veo el retrato de usted en su florida juventud. ¡Hermosa y nobilísima figura! Sus padres de usted, enriquecidos en el comercio de artículos valencianos — este-

rería, chufas, alpargatas, loza ordinaria—, encargaron ese retrato a uno de los más célebres pintores de la época. Allí está; es obra maestra; se ve en él su voluntad firme, su carácter férreo, que no retrocede ante ningún obstáculo. ¿Verdad, señora?

DOÑA MALVA

Verdad.

ANTÓN

¡Gran ironía es llamarle a usted doña Malva!

DOÑA MALVA

Bueno; bien está de preámbulos, ¿no cree usted? No divague más... y dígame cuál es su intención al volver a estas tierras. Siéntese y conteste a mi primer pregunta: ¿cómo se explica que se hayan recibido ahora en Agramante algunas cartas anunciando su muerte por naufragio, pendencia, catástrofe minera, desafío...?

ANTÓN

(Jovial.) Obedeceré a usted sentándome y respondiendo. Pero ¿no han comprendido ustedes?... *(Ríe.)* En cuanto hice propósito de volver a dar guerra a mi país, se me ocurrió la idea de que algunos amigos escribieran a varias personas anunciando mi muerte en formas distintas... Me reía yo imaginando el alegrón de ustedes al recibir la fausta nueva; me reía más pensando en el efecto terrorífico de mi aparición súbita, como un muerto que se levanta. ¡Ja, ja, ja! Ya lo ve usted, señora: ni naufragio, ni fusilamiento,

ni ningún género de cataclismo: ni me ha tragado el mar, ni me ha sepultado la tierra. Aquí estoy vivo y fuerte para todo cuanto sea menester.

DOÑA MALVA

Es usted un mal hombre. Sepamos a qué viene usted.

ANTÓN

Lo primero, a tener el honor de saludarles. Es gusto a veces saludar a los enemigos y manifestarles el gozo con que reanudamos nuestra bendita enemistad.

DOÑA MALVA

Gracias, gracias... Corresponderemos.

ANTÓN

Y después de saludar a ustedes en su casa... en esta casa que fué mía... Pero yo quisiera, insigne doña Malva, decirle todo esto al también insigne don Pelayo... No es que yo desconsidere a doña Malva, nada de eso; yo le reitero mis homenajes más rendidos; pero me parece natural que sea el señor don Pelayo el que oiga las pretensiones de Antón Caballero y decida sobre ellas con aquel generoso criterio, con aquel supremo conocimiento de las leyes...

DOÑA MALVA

Mi esposo ahora vendrá. Cuando ya no está aquí, será que han llegado unos clientes a quienes también esperaba...

ANTÓN

Y los ha preferido; es lógico. Alabo por esto a don Pelayo y compadezco a los clientes. ¡Pobrecillos! Yo les diría: «¡Infelices, huid de esta caverna, donde dejaréis vuestros huesos bien pelados!»

DOÑA MALVA

¡Basta! No tolero ya más ultrajes. *(Se levanta.)* Llamaré a mis criados para que lo pongan a usted en la calle, y a mi marido para que conteste a sus insultos.

(Vuelve oportunamente D. Pelayo.)

DON PELAYO

No es preciso llamarme; aquí estoy.

ANTÓN

(Inclinándose.) ¡Señor don Pelayo! ¡Oh, señor don Pelayo! ¡Tengo una gran satisfacción en saludarle!

DON PELAYO

Al llegar oí tus insolencias, Antonio. Si no moderas tu lenguaje, poco hemos de hablar.

DOÑA MALVA

Sí, sí; poco y aprisa. Despáchalo prontito.

ANTÓN

Perdónenme el señor don Pelayo y su noble consorte. Los dos conocen bien mi carácter, que estalla en la sinceridad fácilmente. Yo doy mi

palabra de contenerme, y hasta de ser amable y amenizar esta visita con las usuales mentiras de sociedad.

DON PELAYO

Sepamos, sepamos tus propósitos.

DOÑA MALVA

Bien claro me los ha dicho a mí: gozarse en reanudar la enemistad con que nos distingue. Lo que tú pensabas: molestarnos todo lo que pueda.

ANTÓN

Me conoce bien don Pelayo. Es natural que el molestar a ustedes sea mi fin primero. Este mundo no es más que un valle de molestias. Luchando por la vida nos molestamos los unos a los otros, y adulándonos, acabamos por endulzar la molestia con una hipócrita tolerancia.

DOÑA MALVA

¡No puedo oírlo en calma, no puedo!...

DON PELAYO

Retírate; mejor será. Déjanos a los dos. A mí me sobran serenidad y sangre fría. Lo sufriré mejor que tú.

ANTÓN

Sí; convengo en ello. Mi señora doña Malva debe retirarse. Es persona tan delicada, que de la menor palabra se asusta... Y así, mientras yo hablo tranquilamente, amigablemente con don

Pelayo, puede su señora dar la voz en la casa, y aun en la villa, y avisar, si es que ya no lo han hecho, al juez, al alcalde, a la Guardia civil, para que vengan a sorprenderme en esta agradabilísima entrevista.

DON PELAYO

No tenemos necesidad de prevenir a nadie. Malva se va adentro por no oírte.

DOÑA MALVA

¡Y por no verlo! ¡Mi carácter también estalla en la sinceridad! *(Se entra por la puerta de la derecha.)*

DON PELAYO

¡Ea, ya estamos los dos frente a frente!

ANTÓN

¿Como enemigos... leales?

DON PELAYO

¡Como lo que tú quieras! No habrá juez, ni alcalde, ni Guardia civil, ni nada de eso, si me manifiestas concisamente tus deseos, tu intención. ¿Qué te trae aquí? ¿Qué buscas? ¿Amistad, acaso; el perdón de tus tropelías; dinero?... ¿Vienes por dinero?

ANTÓN

Ni amistad, ni perdón, ni dinero busco. ¡Y dinero menos que nada!

DON PELAYO

(Desorientado.) ¿Menos que nada?... Según eso... cuando no lo buscas... lo tienes. Me alegro, me alegro. Y te felicito. ¿Has hecho negocio por allá? ¿Tus correrías y trapisondas te han dado buen botín?

ANTÓN

Sí, señor.

DON PELAYO

Y los procedimientos, ¿han sido los mismos que en Agramante?

ANTÓN

No, señor. Aquí me lancé a una rebeldía más violenta que provechosa; más deportiva que criminal, por vengarme de los que me habían despojado a mí y despojaron a los míos de todos los bienes. El botín aquí no fué para mí, sino para ellos; a usted le consta bien; pero mi rabia me impulsaba a burlarme de una justicia que existe exclusivamente en beneficio de los poderosos y contra los pobres; a ultrajar a unas autoridades inicuas. Venganza ilegal, si usted quiere, de crímenes legales. Allí, en América, he procedido de otro modo: he robado a la Naturaleza lo que a mi parecer no era de ella, sino mío, de todos los hombres.

DON PELAYO

¿Y has matado también?

ANTÓN

A los que querían matarme a mí y tomarme la

delantera. Pero el dinero ha venido a mis manos por una eventualidad nada rara en aquella vida de lucha. Dinero noblemente adquirido; no a costa de la sangre de nadie, como el de usted.

DON PELAYO

¡Bandido! ¿Qué dices? *(Lo amenaza con una silla.)*

ANTÓN

Déjese de amenazas ridículas y óigame explicar lo que he dicho. Cuando murió mi padre, medio arruinado por el fracaso de todas sus empresas agrícolas...

DON PELAYO

Tu padre era un loco, un soñador... Yo le predije su ruina; se la predije.

ANTÓN

Mi padre era un soñador y un loco, y usted un hombre práctico; tan práctico, que al arreglar la testamentaría, de acuerdo con los acreedores, redobló usted en beneficio suyo las cifras de las deudas.

DON PELAYO

¡Eso es una infame mentira!

ANTÓN

Y luego intrigó y se confabuló con los tasadores de esta casa, para atribuirle un valor irrisorio, y por un pedazo de pan se quedó usted con ella.

¡Natural era que le predijese usted a mi padre su ruina!

DON PELAYO

¡Calumnia, Antón, calumnia! No sigas por ese camino.

ANTÓN

¿Y el caso de mi tío Gregorio, es calumnia también? ¿Cómo adquirió usted la huerta que él tenía junto a sus propiedades? ¡De acuerdo con el juez y con el alcalde, brazos del cacique! Lo abrasaron a multas, lo metieron en un dédalo de litigios... El pobre hombre huyó, y usted compró entonces la huerta por cuatro reales. ¿No quiere usted que siga por este camino?

DON PELAYO

¡No!

ANTÓN

¡Claro! Es muy largo y muy duro de recorrer; está todo él sembrado de infamias de esa clase. Usted, dominando el distrito y teniéndolo siempre no sólo sometido, sino aterrado, hace aquí lo que quiere; es señor de vidas y haciendas, apoyado en una autoridad política que es la trampa de todas las leyes.

DON PELAYO

¡Ya salieron las leyes!

ANTÓN

¡Pues no habían de salir, en Agramante y en su casa de usted! Con las leyes se cometen aquí más

crímenes que con los siete pecados capitales. Todas son hechas con callejuelas para que en ellas hagan su nido los vividores. «Detrás de la ley está la trampa»: ésta es la divisa de su escudo de usted. ¿Quién es más bandido? ¿Usted o yo?

DON PELAYO

¡Tú! ¡Porque yo no lo soy! Mi riqueza la he adquirido con mi trabajo. Acabemos, Antonio. Ya te he aguantado bastante. Hablemos de verdad; ¿qué dinero quieres?

ANTÓN

¡Y dale!

DON PELAYO

Puedo auxiliarte como administrador de los bienes de tu mujer.

ANTÓN

Pero ¿no le he dicho a usted ya que no quiero dinero ninguno?

DON PELAYO

Como no hablas sino mentiras, creí que ésa era otra.

ANTÓN

Pues tan mentira es ésa como las anteriores y como esta que va usted a oír: no vengo por dinero; vengo por prenda que vale mucho más. Vengo por Eloísa; por mi mujer.

DON PELAYO

¿Por tu mujer?

ANTÓN

¿Le sorprende? ¿Pido algo que no sea legal? En sus cálculos de usted ¿entra el secuestrarla y separarla de mí para toda la vida?

DON PELAYO

No, Antonio, no; yo no secuestro a nadie. Ni yo la he separado de ti. Tú la abandonaste infamemente; yo la he recogido. ¿Es esto delito? ¿Es acto de bandidaje también?

ANTÓN

En modo alguno; todo lo contrario. Y yo que lo agradezco, en prueba de esta gratitud deseo quitarle a usted los quebraderos de cabeza que le acarrearía la administración de sus bienes; de esos bienes con los cuales quería usted auxiliarme hace un momento. Es cierto que yo la abandoné; es cierto que usted la ha recogido; y lo es, por último, que no quiero vivir más tiempo separado de ella. La reclamo. ¿Tengo derecho o no?

DON PELAYO

Evidente.

ANTÓN

Pues déme a Eloísa ya y lo libraré de mi presencia en el acto. No verá usted más a Antón Caballero.

DON PELAYO

La proposición es tentadora; pero yo, hijo mío, no mando en tu mujer. Por mí, ahora mismo te la daría, aun traicionando a mi conciencia...

ANTÓN

Entonces...

DON PELAYO

¡Insensato! ¿No cuentas con que ella te aborrece? Sólo de oírte nombrar se altera, se trastorna. Tu mala conducta y sus sufrimientos han abierto un abismo entre Eloísa y tú.

ANTÓN

¿Sí, verdad?

DON PELAYO

¡Sí, verdad!

ANTÓN

Bien. Pero eso del abismo y del trastorno y del horror que le causa mi nombre, que me lo diga ella.

DON PELAYO

¡Ella!... ¡Ella no quiere verte! Por librarse de tu presencia acudirá a todo: al juez, si hace falta.

ANTÓN

Pues que acuda, que acuda. Aquí está el reo. Ante el juez hablaremos los dos y ella resolverá lo que quiera. Ella, no usted.

DON PELAYO

¡Pero si, sobre todo eso, desgraciado, hay algo más grave que tú ignoras enteramente!

ANTÓN

¿Eh?

DON PELAYO

¡Algo que yo te voy á revelar ahora mismo!

ANTÓN

¿Qué quiere usted decirme?

DON PELAYO

Nada que sea en desdoro de ella, pero sí que puede desviarte de Eloísa tanto como Eloísa se ha desviado ya de ti.

ANTÓN

(Con viva ansiedad.) ¡Dígamelo pronto, por mi vida!

DON PELAYO

De algún tiempo acá... ello empezó a los dos meses de tu abandono... Eloísa ha cambiado completamente de sentimientos: la esposa del librepensador, del descreído, se ha entregado en cuerpo y alma a la vida devota.

ANTÓN

¿Qué habla usted?

DON PELAYO

La pura verdad; la evidencia. Cuando no hubiera otros, ese abismo te separa profundamente de tu mujer. Ella, día por día, lo agranda sin cesar, anegando su espíritu en los ardores místicos, como único bálsamo a las heridas abiertas por ti en su corazón. Te odia, te aborrece; está fanatizada... Parará en un convento, no lo dudes.

ANTÓN

¡Ca! ¡Imposible! ¡Imposible! ¡Usted me engaña o se burla de mí! ¡Esto es una burda supercheria para alejarme de ella!

DON PELAYO

Pregunta, pregunta por el pueblo... Eloísa rehuye toda sociedad, todo trato de gentes...

ANTÓN

¡Otras serán las causas! ¡Yo la veré y sabré lo cierto! ¡Aquí se le ha tejido una red entre todos, en la que se pretende aprisionarla y ahogarla, y yo romperé las torpes mallas violentamente antes que eso ocurra! ¡Eloísa será libre, no lo olvide usted! ¡Y cuando lo sea, veremos qué hace de su persona: si se entrega a Dios o al diablo!

DON PELAYO

Pero ¿te has vuelto loco?

ANTÓN

¡Quizá! ¡Y puede que me dé la locura por prenderle fuego a Agramante, empezando por esta casa en que he nacido, para que las llamas la purifiquen! ¡Abur! *(Desde la misma puerta del foro dice antes de marcharse:)* ¡Ah, señor don Pelayo: si se le ha ocurrido armarme alguna celada en mi paso por las calles del pueblo, sepa que cualquier atropello contra mí lo pagará con creces!

DON PELAYO

¡Oh, no! ¡Puedes ir y venir tranquilo!

ANTÓN

Podrían quizás sus genízaros, el salteador Madruga, Bocanegra y otros mastines y ladrones prepararme alguna emboscada por cuenta propia, creyendo halagar al jefe o a la jefa...

DON PELAYO

¡De eso yo no he de responder!

ANTÓN

¡Pues adviértales usted, por si acaso, ya que manda en ellos, que les saldría muy cara la broma! ¡Ojo por ojo y diente por diente! ¡Yo también soy bandido! ¡Hasta pronto! ¡Voy a visitar al juez, al alcalde, a los más decididos defensores del poder de ustedes! ¡Me acojo a la ley agramántica; y si la ley agramántica no me ayuda, a la ley del más fuerte! ¡Seré yo la justicia suelta! ¡Abur! *(Vase de estampía.)*

DON PELAYO

¡Cómo lo ha puesto la noticia de la beatería de su mujer! ¡Buena arma ha sido ésta!... Pero yo le temo, le temo a este bribón...

(Vuelve D.ª Malva por donde antes se fué, irritada, furiosa.)

DOÑA MALVA

¡Bandido! ¡Miserable! ¡Ladrón! ¡Te aniquilaremos!

DON PELAYO

¿Has oído, Malva?

DOÑA MALVA

¡Todo!

DON PELAYO

¿Y qué?

DOÑA MALVA

¡Que antes que se lleve a Eloísa, pobre mártir, me dejo hacer pedazos yo! No lo verán sus ojos; no lo verán. ¿No dice que podemos tanto? ¡Pues ahora tendrá la prueba que más ha de dolerle!

DON PELAYO

Cálmate, cálmate...

DOÑA MALVA

Lo que quiere ese bandolero no es a su esposa, sino sus cuartos, su peculio.

DON PELAYO

¡Si dice que él tiene dinero!

DOÑA MALVA

¡Qué ha de tener! Pareces tonto. Embuste, comedia... Verás cómo al fin toma lo que le des y se larga.

DON PELAYO

No; pues como entable la demanda de Eloísa en regla...

DOÑA MALVA

¡Sacaremos dientes y uñas! Todo se puede contra un hombre tres veces procesado.

DON PELAYO

¿Qué quieres que te diga, Malva? A mí me da miedo.

DOÑA MALVA

¿Miedo? ¡Pelayo! ¡Bórrate ese nombre!

DON PELAYO

No hablo a tontas y a locas. Su insolencia arrogante, bien lo he conocido, está interiormente sostenida por cierta convicción de fuerza, de poder.

DOÑA MALVA

¿Qué fuerza ha de tener ese perdido, simple?

DON PELAYO

¡Una fuerza que da el dinero o que con él se adquiere!

DOÑA MALVA

¡Bah, bah! No desatines. Siempre has de ser lo mismo, Pelayo; te asustas de tu sombra. ¡Don Pelayo se asusta de un ratón que mueve ruido en la cocina! Si no fuera por mí, habrías caído mil veces en la nulidad, en la impotencia.

DON PELAYO

¡Ay mujer, cómplice y compañera mía! Mil ve-

ces te he dicho yo también que este poder que hemos adquirido a fuerza de adular y de complacer a los de allá, a los fuertes de arriba, de la noche a la mañana puede perderse, como poder prestado que es, poder reflejo y totalmente artificial.

DOÑA MALVA

Y ¿cómo se pierde? ¿Cómo?

DON PELAYO

Por caprichos de quienes lo dan, por veleidades, por traiciones...

DOÑA MALVA

No, Pelayo, no; en eso te engañas. Este es un enredijo de intereses tan bien trabado, que ni los de allí ni los de acá pueden desarmarlo a dos tirones. Hacen falta años, ¡siglos tal vez! y desde luego gentes libres, que no se hallen sujetas por un solo cabo de la trama común... No seas pusilánime: mantente fuerte y atrevido... ¡No seas mandria! *(Le sacude un brazo.)*

(Llega presuroso D. Hilario por la puerta del foro.)

DON PELAYO

¡Hilario!

DOÑA MALVA

¡Hilario!

DON HILARIO

Hola, amigos míos. ¿Ha estado aquí ya Antón Caballero?

DON PELAYO

Acaba de irse.

DOÑA MALVA

¿Ha visto usted qué cínico?

DON PELAYO

¿Has visto qué nube, de pronto?

DON HILARIO

No tan de pronto. Se cierne sobre Agramante hace ya varios días. Yo ayer, cuando almorcé aquí con ustedes, ya sabía que Antón estaba en Moratilla.

DON PELAYO

¿Qué me dices?

DON HILARIO

Lo que estás oyendo.

DOÑA MALVA

¡Pues hace falta cuajo para no prevenirnos! ¡Y habiendo hablado de él y de Eloísa durante el almuerzo! ¡No tiene usted perdón de Dios!

DON PELAYO

¿Por qué te callaste?

DON HILARIO

Hombre, la verdad, porque la noticia era una bomba... y porque nada había de remediar yo con anticipárosla. ¿A que vino Madruga a traerla? Sobre que una noticia así, lo que es yo no la doy almorzando; y después de almorzar ¡muchísimo

menos! La digestión a nuestros años es cosa muy seria.

DOÑA MALVA

¡Bah! Merecía usted que le pegara un palo en la cabezota.

DON HILARIO

Péguemelo usted, si cree que lo merezco; pero no olvide que entre los amigos leales de ustedes, no lo hay más leal que este cura. No estaré conforme en doctrinas y procedimientos, pero soy incapaz de traicionarlos. Vaya la prueba.

DON PELAYO

¿Qué?

DON HILARIO

Un consejo sano: vean ustedes el modo de no irritar demasiado a la fiera; de no exacerbarla. Más: háganse, si es posible, amigos de Antón Caballero.

DOÑA MALVA

¿Cómo? ¿Se atreve usted a aconsejarnos semejante cosa? ¡Ahora es cuando le rompo el palo encima!

DON PELAYO

Deja, Malva, que explique... ¿Por qué nos dices eso, Hilario?

DON HILARIO

Porque el aire va por ahí... El aire es veleidoso, inseguro... La veleta ha cambiado. No se adormezcan ustedes en la peligrosa confianza de su poder y de sus defensores y adictos... El diablo

las carga. Antón ha vuelto repleto de influencias y de dinero.

DON PELAYO

(A su esposa.) ¿Eh? ¿Qué te decía yo?

DON HILARIO

Y con dinero y con influencias... ustedes saben bien que se vuelve negro lo blanco...

DON PELAYO

No hace un minuto se lo decía yo a Malva.

DOÑA MALVA

Yo también te decía... lo que ahora no he de repetir. ¡Jesús, qué hombres! ¡Tienen menos ánimos que una liebre! ¡En seguida pierden la cabeza! Y es el miedo, el miedo...

DON PELAYO

Dinos, Hilario, ¿qué más sabes?

DON HILARIO

¿Te parece poco? En apoyo de lo anterior sé que en Madrid han visto a Antón la semana pasada de banquete con varios personajes: el ministro de la Gobernación uno de ellos.

DON PELAYO

¿Oyes, Malva, oyes?

DOÑA MALVA

¡No me he tapado los oídos!

DON HILARIO

Me consta que al alcalde lo tiene en el bolsillo a estas horas.

DOÑA MALVA

¡El alcalde de aquí es un espantapájaros! Mientras el juez y los demás sean nuestros...

DON HILARIO

No se confíen ustedes, Malva... Nadie es absolutamente de nadie... ¿No es de ustedes el cura?

DOÑA MALVA

¡Hasta dar la sangre por nosotros!

DON HILARIO

Pues ya Antón le ha ofrecido restaurar el retablo del altar mayor de la iglesia, y el santo varón empieza a hablar de ovejas descarriadas, del hijo pródigo y de qué sé yo qué... sin duda para preparar la próxima vuelta de la tortilla. No se confíen ustedes; insisto. Yo me ofrezco de mediador: para algo soy el hombre del ten con ten y del término medio.

DOÑA MALVA

¡El ungüento amarillo es usted!

DON HILARIO

Del color que usted quiera, Malva.
(Se presenta Madruga, también por la puerta del foro, y también preocupado.)

MADRUGA

Señores...

DOÑA MALVA

¡Ah, Madruga!

DON HILARIO

¡Madruga contará novedades!

DON PELAYO

¿Qué hay, Madruga?

MADRUGA

Mucho y malo, señor don Pelayo.

DOÑA MALVA

¿Mucho y malo?

DON PELAYO

¿Referente a Antón Caballero?

MADRUGA

Pero ¿usted cree que desde ayer se habla de otra cosa en Agramante? Y no es para menos. Ese hombre trae perversas intenciones.

DOÑA MALVA

¡Traerá las de siempre! ¡Las mismas!

MADRUGA

Las intenciones, señora, son de temer o no, según se puedan o no llevar adelante. Esta madrugada, una partida de hombres de Moratilla, capitaneada por los hermanos Lobo, se apoderó del cortijo de Ruyaba...

DOÑA MALVA

¿De nuestro cortijo?

MADRUGA

Sí, señora; prendió y encerró a los colonos y robó cuantos víveres allí había.

DOÑA MALVA

¡Jesús! ¡Mis jamones!

DON PELAYO

¡Por vida de...!

MADRUGA

Luego salieron en dirección de Altuna. La Guardia civil les va a los alcances. Bueno; pues se dice — y yo lo creo a ojos cerrados — que esa partida se ha formado con dinero de Antón Caballero.

DON HILARIO

¡Qué disparate!

MADRUGA

¿Disparate?

DON HILARIO

¡Cien veces disparate! Las circunstancias, la coincidencia del hecho y la vuelta de Antón, han

podido hacer que se piense... ¡Pero los tiros no van por ahí!

MADRUGA

¡Ya veremos por dónde van los tiros!

DOÑA MALVA

¡Ya lo veremos!

DON HILARIO

¡Lo de Moratilla no es más que hambre! ¡Hambre! ¡Como lo de media nación! ¡Hambre! ¿Está claro esto? ¡Hambre! ¡Ganas de hincar el diente en algo nutritivo! ¡Hambre!

DOÑA MALVA

¡Usted todo lo compone comiendo!

DON HILARIO

Se arreglan muchas cosas, señora mía.

DOÑA MALVA

Por lo pronto hay que prender a ese bellacón.

DON HILARIO

¡No, no; no es ese el camino! ¡Nada de prenderlo!

DON PELAYO

¡Pues no nos vamos a cruzar de brazos, Hilario!

MADRUGA

No está el río para dormirse en las orillas.

¿Quién se figuran los señores que se ha hecho el compinche del recién llegado?

DON PELAYO

¿Quién?

DOÑA MALVA

¿Quién?

MADRUGA

No lo van a creer los señores; creerán que es un cuento.

DOÑA MALVA

A ver: quién es.

MADRUGA

Solapita.

DOÑA MALVA

¿Solapita?

DON PELAYO

¡Imposible, Madruga!

MADRUGA

¿No lo dije?

DON HILARIO

¡Posible y más que posible! ¿No lo dije yo?

MADRUGA

Sí, señora doña Malva; sí, señor don Pelayo : *Solapita.* Ése, que tanto adula, que está constantemente bailando el agua a los señores... ¡Ése!

DON PELAYO

¡El hombre a quien más he favorecido en este mundo!

DOÑA MALVA

¡El que de pastor de puercos hemos elevado a persona decente, a caballero, a diputado provincial!

MADRUGA

Ése: ahora mismo le lame los pasos a Antón Caballero. Se han arreglado en Moratilla; le ha dado dinero de largo.

DOÑA MALVA

¿Sí, eh? ¡Pues por mucho que haya robado el gran pirata, no tendrá para corromper a nuestros verdaderos amigos!

DON HILARIO

¡Que así se ofusque una tan clara inteligencia! Pero ¿es posible, Malva, que viendo tales cosas se fíe usted ya de nadie? Usted, Madruga, ¿se fía ahora mismo de los amigos de esta casa?

MADRUGA

Yo, ni ahora ni nunca me fío en Agramante más que de los muertos. Ésos son los únicos que me obedecen. De las tapias del cementerio para acá, ni de mí mismo me fío.

DON HILARIO

¡Caramba! Éste es más avanzado que yo. No tengo más que oír. Voy a cumplir con mi deber de amigo. Esta noche ceno yo con Antón Caballero.

DOÑA MALVA

¡Milagro! ¿No lleva usted también estadística de las veces que no come en su casa?

DON HILARIO

¿Para qué, señora? ¡Ésa la llevan en las casas ajenas, como es natural! Mañana vendré a almorzar aquí; y ya saben ustedes que yo en los almuerzos no doy más que buenas noticias. Adiós a todos. *(Vase resueltamente.)*

DON PELAYO

Adiós, Hilario.

MADRUGA

Vaya usted con Dios.

DOÑA MALVA

¡Anda y que te pelen, pastelero!

DON PELAYO

Son muy graves todas estas cosas. Yo estoy inquieto, Malva, muy inquieto. Voy a telegrafiarle otra vez al gobernador.

DOÑA MALVA

Eso nunca estorba. Ve, ve. Exagera el peligro.

DON PELAYO

Hasta luego, Madruga; y gracias, gracias siempre.

MADRUGA

Mándeme, don Pelayo.

DON PELAYO

Gracias, muchas gracias. *(Se va por la puerta de la derecha.)*

MADRUGA

No crea usted, señora; razón hay para preocuparse.

DOÑA MALVA

Ya, ya.

MADRUGA

Pero, bueno; no todas son traiciones. De esto que le voy a decir a usted no he querido hablar hallándose presente don Hilario, porque como también está vivo, a Dios gracias, también recelo de él.

DOÑA MALVA

Pues ¿qué más cosas hay?

MADRUGA

(Confidencialmente.) Hace unas horas he reunido a algunos de los míos allá en el ventorro donde nos vemos siempre que se avecinan tempestades; y si bien hay algunos fríos y pasivos, otros hay bastante fogosos... demasiado fogosos.

DOÑA MALVA

¿Qué?

MADRUGA

Lo más grave de todo ello es que Gonzalito y un par de muchachos de su edad, loquinarios como él, se han juramentado para acechar a Antón Caballero en el Arco de la Caneja, y...

DOÑA MALVA

¡Jesús!

MADRUGA

Pero yo creo que una tragedia nos sería funesta en este caso. Nos mandarían un juez especial... y el gobernador parece que ha recomendado prudencia... y que no haya escándalos ni gresca en las calles...

DOÑA MALVA

Es natural.

MADRUGA

Algo les he dicho yo de esto; pero Gonzalito, como sabe bien la señora... sólo a la señora obedece... *(Con intención.)* A mi parecer, convendría que la señora le diera algún consejo... o le echara una buena peluca, quitándole de la cabeza el viento de sus bravuconerías.

DOÑA MALVA

Sí, sí; que venga Gonzalito. Mándamelo acá.

MADRUGA

Estos chicos tan adelantados nos comprometen a lo mejor con la intención más buena... En cambio, el plan del *Manquito* era otro : captura, encierro, paliza... y vaya usted con Dios y que

se alivie. Proceso... nadie declara en favor del apaleado... y en paz.

DOÑA MALVA

Mándame, mándame pronto a Gonzalito.

MADRUGA

Sí, señora. Yo, por mí, andaré a la mira de unos y de otros.

DOÑA MALVA

Eso es.

MADRUGA

A la orden de la señora. *(Se marcha por la puerta del foro tranquilamente.)*

(Sale Regino por la de la derecha, sombrío, meditabundo.)

REGINO

¿Quién era, madre?

DOÑA MALVA

Madruga.

REGINO

¡Ah, Madruga!

DOÑA MALVA

¿Has visto a tu padre, hijo mío?

REGINO

Sí; ya me ha enterado... ¡Mi castillo se viene a tierra!

DOÑA MALVA

¡No, hijo!

REGINO

Sí, madre, sí; yo no valgo para sostenerlo. ¡Se viene a tierra!

DOÑA MALVA

Tú solo no has de ser... Pero aquí somos muchos a una... a sofocar al enemigo... Ahora mismo acabo de saber por Madruga... La gente de ley, de pelo en pecho, está rabiosa y excitada contra ese criminal... Yo no le arriendo la ganancia a estas horas... Porque los hay para todo, para todo...

REGINO

Pues yo jamás tomaré partido en nada innoble.

DOÑA MALVA

No se ha de dominar a un bandido dándole caramelos. ¡Y Antón es un bandido!

REGINO

¡Ay, madre! No podemos decir, en conciencia, en esta sociedad quién es bandido y quién no lo es.

DOÑA MALVA

¡Muchacho, no delires!

REGINO

Y a fuerza de decorarlo de bandido, haréis un héroe de Antón Caballero. El pueblo, en que abundan los desventurados y miserables, lo de-

fenderá y lo querrá; lo alzará a la suprema altura de ídolo. No lo dudes.

DOÑA MALVA

¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué cosas te oigo!

REGINO

¡Pero si Antón Caballero no es más, en resumen, que un hombre rebelde a las injusticias establecidas! ¿No lo comprendes, madre? ¡Todos cuantos las padecen serán sus soldados! Además, es gallardo, robusto, acometedor... Tiene aliento y labia... Si yo fuera fuerte como él, me metería a bandido.

DOÑA MALVA

¡Ave María!

REGINO

A bandido, así. Créelo, madre: al fin vencerá, triunfará de todos... ¡Se llevará a Eloísa para él!

DOÑA MALVA

¡Eso nunca!

REGINO

Eso ciertamente. Por la ley, si no por la fuerza.

DOÑA MALVA

En la ley tiene Eloísa un amparo contra su marido, y si ella se sostiene firme...

REGINO

En ella revivirá el amor pasado... ¡Oh, la aureola del héroe!

DOÑA MALVA

Tú desvarías, Regino. Esa aureola más ha de repugnar que atraer a quien se extasía con los resplandores celestes. Nada temas, tontín. El bandido no cogerá esa presa. Yo te respondo de esto.

REGINO

Pues si tú me respondieras, madre; si me dieras la seguridad de que así ha de ser, me darías nuevamente la vida, que ya una vez me diste.

DOÑA MALVA

Pues vuelvo a dártela, porque te doy esa seguridad, hijo mío.

REGINO

Dios te lo pague, madre. Si no fuera así, quizá no te agradecería que me hubieses traído a este mundo. No extrañes mi lenguaje ni la intensidad de mi tristeza. Soy un hombre inútil. Mis estudios no han salido del terreno estéril. Soy uno de esos niños aturdidos y simples que para nada sirven; niño educado en la holganza por padres ricos o enriquecidos, que se quieren mirar en el espejo de su heredero. Si bien se piensa, madre, yo no debo vivir.

DOÑA MALVA

¿Qué dices, hijo de mi alma?

REGINO

No debo vivir. Nada tendría yo que hacer en

el mundo, si a él no me ligara esto de ser espejo en el que se miran mis padres. El espejo se rompe en pedazos, y nada sufre. Si este espejo que soy yo no se rompe, es por no romper la imagen querida de los que en él se están mirando. A no estar vuestra imagen en mí, yo me rompería.

DOÑA MALVA

Tonto, tontaina; te encuentras bajo la influencia de una pasioncilla de mozalbete, criada y alimentada en tu alma por los libros extravagantes. El mal que ellos te han hecho se te curará leyendo una página hermosa de la vida.

REGINO

¡Ay! Esa hermosa página imaginé yo que iba a leerla cuando supe que mi prima era libre... ¡cuando creí que lo era, madre! Cruel ha sido la realidad conmigo: me enseñó el sol... y al instante me dejó ciego.

DOÑA MALVA

Pues yo te volveré la vista. Confía en mí, que soy tu Providencia. Te mando estar alegre. Tu alegría es mi felicidad, mi orgullo. Quiero que estés alegre.

REGINO

(Acariciándola.) Estaré alegre si me lo mandas tú. Adiós. *(Se aleja por la puerta del foro, sonriéndole tristemente a su madre.)*

DOÑA MALVA

¡Pobre ángel! Es tan menguado de naturaleza como rico de fantasía... Enfermo y poeta: dos calamidades a cual peor... Pero yo arreglaré su existencia; yo lo haré feliz.

(Iras la ventana asoma en esto Gonzalito, el mozo nombrado por Madruga.)

GONZALITO

¿Se puede pasar, doña Malva?

DOÑA MALVA

¡Gonzalito! A tiempo llegas, hombre. Pasa, pasa. Da la vuelta.

GONZALITO

Al punto voy, señora. *(Se retira rápidamente.)*

(D.ª Malva, mientras llega él, se acerca a la puerta de la derecha, observando.)

DOÑA MALVA

Pelayo, por lo visto, se ha encerrado en el despacho a mover resortes... Más vale. Eso lo toca bien. Para otro género de golpes es apocadito... apocadito.

(Vuelve Gonzalito por la puerta del foro.)

GONZALITO

¿Da la señora su permiso?

DOÑA MALVA

Pasa, pasa. Siéntate.

GONZALITO

No, señora; gracias.

DOÑA MALVA

Pues no te sientes; allá tú.

GONZALITO

Sé que la señora va a reñirme. Me llama usted para reñirme.

DOÑA MALVA

No, no; para reñirte, no; nada de eso. Si estás asustado por eso, tranquilízate. Madruga acaso te haya dicho... Yo exageré ante él... era natural que exagerase... Pero no, no te riño: te quiero bien; estimo en mucho tu fidelidad... y aun te tolero alguna faltilla a que tus ímpetus juveniles pueden arrastrarte.

GONZALITO

Gracias, señora.

DOÑA MALVA

Sí, Gonzalito; te digo con franqueza que me gustan los hombres decididos, impetuosos. Son los que algo valen en este mundo. Los flojos, los indiferentes, no van a parte alguna.

GONZALITO

Los flojos no sirven para nada.

DOÑA MALVA

Para nada. Y hay en el mundo tanto pillo, que

no se podría vivir en él si no hubiera también hombres bravos capaces de tenerlos a raya.

GONZALITO

Eso digo yo. Los hombres honrados también sabemos ser valientes. No va a ser el valor cosa nada más que de pillos.

DOÑA MALVA

Claro, claro. Y es gran tontería esperar a que los injustos y malvados sientan su escarmiento en la otra vida, como quiere la gente beata. En esta en que estamos tenemos el derecho y la obligación de defendernos de ellos.

GONZALITO

Eso. Si dejamos al malo que nos pise y nos apabulle, no merecemos ni que nos miren las mujeres de nuestra tierra.

DOÑA MALVA

Muy bien dicho.

GONZALITO

El malo vive de la flojedad de los cobardes. En un pueblo de cobardes entra el malo a saco y allí pone su trono.

DOÑA MALVA

Bien se ve que no hablas tú como cobarde.

GONZALITO

No lo soy; no, señora. Si lo fuera, si yo me sin-

tiera por adentro cobarde, incapaz de escarmentar a tiempo al que escandaliza para sacar tajada o al que ofende a los que yo quiero... renegaría de mí y de mi casta.

DOÑA MALVA

¡Bien, bien! Eres valiente; valiente de veras. No te sometes al malvado. Ten en cuenta que el malvado no es bravo sino cuando lo dejan serlo.

GONZALITO

Eso mismo.

DOÑA MALVA

Por eso te he dicho antes que no te reñía. A un valiente como tú, ¿por qué he de reñirle? A un valiente así se le previene, se le advierte, se le aconseja: «Cautela, Gonzalito, no seas víctima de tu propia bravura.»

GONZALITO

Ya entiendo, ya. Y pierda la señora cuidado... ¡Bueno estaría que cuando se va por la justicia...! ¡O hay Dios justiciero o no lo hay!

DOÑA MALVA

Lo hay, Gonzalito. Por eso el bueno sale vencedor al fin y a la postre. *(Pausa.)* ¿Y tu madre?

GONZALITO

En su brega de siempre: sacando adelante la casa.

DOÑA MALVA

¡Buena mujer es Ildefonsa! De las que merecen su premio en esta vida.

GONZALITO

Pues mire, señora... tarda, tarda el premio en llegar.

DOÑA MALVA

No tardará, no; no tardará ya mucho. Dios es bueno. De mi parte vas a decirle que aquella deuda que tiene con nosotros... ya tú sabes... la del caserío de la Corruqueda...

GONZALITO

Sí, señora; ¿qué?

DOÑA MALVA

Que no le preocupe más tiempo... que bastante tiene ella con tantos afanes y tantos chicos... Dile que esa deuda está perdonada.

GONZALITO

¡Señora!

DOÑA MALVA

Los buenos con los buenos, los malos con los malos...

GONZALITO

No sabe la señora cuánto le agradezco... ¡Qué alegría le voy a dar a mi madre!... Porque como somos cumplidores, ella tenía esa pesadilla... Y yo, por mí, señora, con ser valiente, si me acobardo alguna vez es pensando en mi madre...

¿Qué sería de ella si por mi valentía me viese algún día metido en la cárcel... procesado?...

DOÑA MALVA

¿En la cárcel tú? ¡No pienses en eso! ¿Para qué estamos nosotros más que para dar amparo a los fieles, a los que nos demuestran una adhesión sin límites? ¡En la cárcel tú!... ¡Qué niñería!...

GONZALITO

Bien, señora... Dios le pague a usted...

DOÑA MALVA

Ahora márchate, hijo... Vete a... vete a tus quehaceres. Y nada temas.

GONZALITO

Señora santísima... *(Le besa la mano.)*

DOÑA MALVA

Anda con Dios, valiente.

GONZALITO

Valiente, sí. *(Vase por la puerta del foro.)*

DOÑA MALVA

Estos brutos que nada temen son siempre el alma del poder. ¡Ay!... Voy a darle un beso a mi hijo. *(Se marcha por la misma puerta, en dirección contraria.)*

(Por la de la derecha viene Eloísa. Verónica la sigue.)

ELOÍSA

¿No está aquí tampoco? Pues aquí hablaba hace un instante.

VERÓNICA

Sí, pero no con él: el enemigo se fué ya hace rato.

ELOÍSA

Pues anda, búscala y dile de mi parte que quiero salir; que no hay por qué encerrarme en casa.

VERÓNICA

Me dirá que teme que te encuentres con él, que es lo que la preocupa.

ELOÍSA

No me encuentro con él; pero en todo caso no había de comerme tampoco. Ni de llevarme a viva fuerza. Dile que esté tranquila; que yo, menos que nadie, quiero verlo ni hablarle.

VERÓNICA

Lo que es de eso, niña, difícil será que la convenzas.

ELOÍSA

Pues que imagine lo que guste, pero que me deje salir. Ya no puedo vivir sin pasar un rato con las monjas; sin mi visita al hospital. Hoy más que nunca las echo de menos. Hoy más que nunca se me viene encima esta casa. No sé qué hallo en el aire, que hoy me parece más hostil. La calle me atrae.

VERÓNICA

Eso es que estás nerviosa, excitadilla... El acontecimiento no es para menos. Natural es que te haya alterado.

ELOÍSA

Por lo mismo deberían cuidar de darme gusto, de dejarme hacer mi voluntad... hoy como nunca.

VERÓNICA

¡Sí, sí; tu voluntad aquí!... Pero aguarda, aguarda, no nos escuchen. En esta casa ponen espías hasta debajo de los muebles. *(Inspecciona por ambas puertas.)* No, no hay nadie. Puedes hablar todo lo que quieras; desahogarte a tus anchas. Anda, hazte cuenta que te abrieron la jaula y que echaste a volar conmigo. Venga tijereteo. Es consuelo de esclavos. A mí no necesitas explicarme nada; todas las vueltas que le estás dando a esto de la salida a la calle, no son sino afán de hablar del asunto, de ti misma, de tu vida, de tu ficción... Desahoga, desahoga, alma mía. Abre el pecho.

ELOÍSA

¿Estás segura de que nadie nos oye?

VERÓNICA

Nadie.

ELOÍSA

¡En qué momento de mi vida ha vuelto ese hombre! ¡Cuando yo creía haber dado ya con mi ruta en el mundo; cuando me figuraba caminar

segura hacia una felicidad acaso triste, pero cierta! Triste, porque a ella me empujó la vida, no mi libre albedrío.

VERÓNICA

¿Hablas... de tu comedia religiosa?

ELOÍSA

De lo que por comedia empezó... Tú sola lo sabes. Me vi prisionera en esta casa, que es una caverna, y cercada por el egoísmo de todos, hube de buscar en una ficción la libertad dentro de la cárcel... Sólo así conseguiría que me dejaran vivir en paz. Y me abracé a la ficción religiosa. Así mi primo Regino se desengañaría de mi amor, viéndolo imposible; así no me asediarían los demás, desde el marquesito de Tavera hasta el sobrino de Madruga... ¡Qué martirio de hombres!

VERÓNICA

Comprendo que te den horror... El sobrino de Madruga, por interesado y por zoquete; el marquesito... por mala persona y por pillastre: se figuró que eras ya fruta caída... En cuanto al nene de esta casa, porque se empeña en que lo quieras a fuerza de ponerse pálido y ojeroso... y de llamarle al aire éter. ¡Qué tres pies para un banco! Bien hiciste en fingirte beata.

ELOÍSA

Sólo así he podido vivir entre estas gentes los meses que llevo; sólo así han podido mis tíos considerar mi dinero seguro entre sus uñas, y yo

verme libre de un tenaz espionaje. Hipocresía era mi misticismo; pero todos lo creían verdadero. Y las personas más santas del pueblo se hacían lenguas de mi ejemplar conducta, y doña Malva y don Pelayo dormían tranquilos: el uno, sobre su egoísmo benigno y manso; la otra, sobre su egoísmo despótico, absorbente.

VERÓNICA

Es verdad, es verdad.

ELOÍSA

Y fingiendo, leí libros piadosos y me aficioné a su lectura; y fingiendo, visité a las monjitas y me sentí cautivada por la sencillez de sus vidas serenas; y fingiendo, empecé mi aprendizaje de enfermera en el hospital, y hallé, en el roce con el dolor humano, un alivio de mis propios dolores. Así, Verónica — parece un cuento esto que te digo —, he venido a ser yo como esos comediantes que, aun sabiendo que representan una farsa, a veces sienten como verdadero lo que fingen, y lloran o ríen y padecen o gozan con ello. Yo también he ido advirtiendo poco a poco que aquella afectada beatería, aquella mentida religiosidad iba ganando mi conciencia e inundándola de una nueva luz, de celestiales resplandores... ¡Por qué extraños caminos nos conduce Dios hacia la paz del alma; hacia la virtud y hacia el bien! De la comedia y de la verdad juntamente, nacieron en mí anhelos de llenar, ennobleciéndolas, mis horas vacías; de buscar el bien y

de hallarlo... Miré de cerca y cara a cara la desventura de mi vida, y en vez de abrasarme en la estéril desesperación, me dejé ir por las sendas de la virtud y del sacrificio: yo cuidaría heridos, enfermos, ancianos; viviría junto a las humanas miserias, y sería dichosa.

VERÓNICA

Es triste, niña; es triste para quien hubiera querido verte contenta en tu hogar, en tu casa, adorada por unos cuantos hijos. ¡Maldito el hombre que así te destrozó!

ELOÍSA

No lo maldigas tú también; perdónalo, como yo lo perdono. Que a él y a todos nos juzgue Dios.

VERÓNICA

Sí que vas camino de santa. ¡Perdonar aquellos horrores!...

ELOÍSA

¡Ay, Verónica! También el perdón tiene sus caminos; también lo tienen las disculpas... Las pasiones y los odios se desencadenaron en él; no era hombre, era fiera... Las infamias de sus perseguidores lo llevaron a la propia infamia...

VERÓNICA

¿Piensas verlo?

ELOÍSA

¡No; eso no! ¿Para qué? Deseo que se vaya de aquí; que nos deje; que siga su vida lejos de la

mía... Pero mientras se va, mientras lo siento cerca...

(Aparece Antón en la calle, y al ver a Eloísa se dirige a ella desde la ventana. Ella da un grito y retrocede espantada y confusa, quedando como absorta luego. Verónica participa de su sobresalto y temor.)

ANTÓN

¡Eloísa!

ELOÍSA

¡Oh!

VERÓNICA

¡Jesús! ¡Lo atrajiste al nombrarlo!

ANTÓN

¡No huyas! ¡No te asustes de mí! ¡Al fin te veo! ¡No tiembles, ángel o mujer!... ¡Aunque no quiera todo Agramante, he de hablar contigo!... ¡Aunque me creas el peor de los hombres, me tienes que escuchar! Aguarda, aguárdame... *(Suena un tiro dentro, en el momento mismo en que él se aparta de la ventana.)* ¡Ah, cobardes! ¡Traidores!

ELOÍSA

¡Jesús!

VERÓNICA

¡Virgen mía!
(Suena otro tiro.)

ELOÍSA

¡Oh! ¡Qué horror!

VERÓNICA

¡Qué infamia!

ELOÍSA

¡Lo matan! ¡Lo quieren matar! *(Corre hacia la ventana.)*

VERÓNICA

(Deteniéndola.) ¡No te asomes tú; no te asomes!

ELOÍSA

¡Ha sido gente de esta casa! *(A gritos.)* ¡Favor! ¡Socorro! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

(Por la puerta de la derecha llega alteradísimo D. Pelayo, y luego por la del foro D.ª Malva.)

DON PELAYO

¿Qué es? ¿Qué ha sido ello?

DOÑA MALVA

¿Qué ha sido, niña?

ELOÍSA

¡Que han querido asesinar a Antón; que acaso lo han matado!

DOÑA MALVA

¡Ave María Purísima!

DON PELAYO

¡Por vida del hombre!

ELOÍSA

Me habló al pasar por la ventana, y en ese momento...

DON PELAYO

¡El odio siempre tras de él!

DOÑA MALVA

¡Siempre! ¡Siempre!
(Aparece Antón Caballero en la puerta del foro. Viene herido.)

ANTÓN

¡Siempre!

ELOÍSA

¿Herido?

ANTÓN

Bandidos de Agramante, criados y matones de esta casa han pretendido asesinarme. De milagro escapé: Dios me ha salvado. Dios y la fiereza con que me defendí de aquellos miserables.

DON PELAYO

¡Gente de mi casa no ha sido! ¡Protesto de ese agravio!

DOÑA MALVA

¡Aquí no somos asesinos! ¡Yo también protesto!

ANTÓN

Protesten ustedes cuanto quieran... ¡Esta sangre, y la que a consecuencia de ella se derrame, caiga sobre los tiranuelos de esta ciudad!

ELOÍSA

(Acercándosele compasiva.) ¡La mano destrozada!...

ANTÓN

No... la sangre que corre es del brazo... En el pecho estoy herido también... *(Cae desfallecido en una silla.)*

ELOÍSA

¡También en el pecho!...

DOÑA MALVA

¡Dios mío! ¡Que se nos muere aquí este hombre!

ANTÓN

(Con voz débil.) Socórreme... esposa, hermana o lo que seas, y que tu bondad y tus méritos valgan para el perdón de mis delitos, de los delitos de éstos... *(Pierde el sentido.)*

DOÑA MALVA

¡Jesús! ¡Se nos muere!

DON PELAYO

¡Pronto! ¡A la posada! ¡A la botica!

DOÑA MALVA

¡A la casa de socorro con él! ¡El maldito! ¡El hereje!

ELOÍSA

¿Qué dice usted, señora? ¿Qué dicen ustedes? Esta casa es cristiana; aquí no se le niega la asistencia a este hombre.

DOÑA MALVA

¿Lo defiendes tú?

ELOÍSA

Lo defiendo y lo amparo. Alumna de enfermera soy: yo lo curaré. Ni es mi esposo ni lo conozco; ni sé si es bueno o malo, ni me importa saberlo; ni le pregunto adónde va ni de dónde viene: es el prójimo. Es un herido que entra en mi hospital.

(Acude a atenderlo. La auxilia Verónica. Doña Malva y D. Pelayo se consultan, mirándose. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala alta en casa de don Pelayo. A la derecha del actor una puerta, y otra a la izquierda, que conduce a la habitación ocupada por Antón Caballero. Al foro un gran balcón abierto. Es de noche. Luz interior y luz de luna.

Simultáneamente salen DON HILARIO y VERÓNICA: él por la puerta de la derecha y por la de la izquierda ella.

DON HILARIO

¡Verónica! De ver al prisionero, ¿eh?

VERÓNICA

¡Ánimas benditas! ¡Qué hombre! ¡Deseando estoy que levante el vuelo! ¿No vengo a ofrecerle si quiere alguna cosa antes de dormir y me contesta que un rayo que me parta? ¡Que lo parta a él!

DON HILARIO

¡Esas son sus genialidades! Cosas que dice por reír y dar que reír.

VERÓNICA

¡Pues no le veo la gracia! ¡Que me parta un rayo, después de lo que a mi niña y a mí nos ha hecho pasar en los ocho días que aquí lleva! ¡No sabe él bien lo que tiene que agradecerme! Por

supuesto, a un tal herejote, ¡váyale usted con gratitudes! ¿Viene usted a verlo?

DON HILARIO

Sí. No cejo en mi empeño de aunar voluntades. Todo ha de hacerse por la paz, por la paz...

VERÓNICA

¿Por la paz? ¡Buena paz nos aguarda! ¡Está usted fresco! Quédese con Dios. *(Vase por la puerta de la derecha.)*

DON HILARIO

(Viéndola irse.) Es posible que tengas razón, amiga Verónica... *(Con malicioso gesto.)* ¡Je! Mala semilla es la sospecha. Me parece a mí que tú y la beatita nos estáis tomando a todos el pelo lindamente... Me parece a mí. Y el Señor nos libre de malos pensamientos. *(Llégase a la puerta de la izquierda.)* ¡Antón Caballero!

ANTÓN

(Desde dentro.) ¿Quién vive?

DON HILARIO

¡Tu mejor amigo!

ANTÓN

¡Ah! ¡Hilario!

DON HILARIO

¿Se puede?

ANTÓN

Aguarda; salgo yo. *(Saliendo a poco.)* Mi saludo al gran estadista.

DON HILARIO

¿Cómo va ese ánimo?

ANTÓN

Nunca ha estado enfermo.

DON HILARIO

¿Y esas heridas?

ANTÓN

Bien. Ha sido más el humo que la pólvora. Simulacro de asesinato. Yo no debía morir aquí como un perro. Mañana me dará el médico de alta, y mi primera visita se la dedicaré a Gonzalito, el torpísimo ejecutor de la sentencia.

DON HILARIO

¿Te obstinas en pensar que fué ese tontiloco?...

ANTÓN

¿Cómo no, si mis ojos lo vieron? Lo felicitaré por su pésima puntería. Y ahí lo tienes, gracias a quienes le guardan todavía las espaldas, paseándose por las calles, tan fresco. Nadie se ha metido con él: en esta casa entra cuanto quiere. Doña Malva lo mima como a un hijo. De la sumaria no resulta nada contra Gonzalito ni contra ningún bicho viviente. No se sabe quién disparó; ni se sabe nada. Ni se sabrá nunca. Da gusto vivir en un pueblo tan reservado. El juez quiere llevarse bien con todo el mundo.

DON HILARIO

Atribúyelo a la cosa política...

ANTÓN

Atribúyelo a lo que quieras; pero lo cuento de milagro. Y no creas que le guardo rencor a Gonzalito. No en mis días.

DON HILARIO

¡Bien, Antón, bien! Eso es digno de ti; eso es de pechos elegidos.

ANTÓN

No, hombre; esto es de sentido común. ¿Qué culpa tiene Gonzalito? Un mazo que se levanta sobre ti no se mueve él solo. Gonzalito es el mazo. ¿Qué voluntad lo impulsó contra mi cabeza? Habría que pensar en doña Malva, ¿verdad?

DON HILARIO

¡Hombre, no!

ANTÓN

¿No, eh? ¿Tú no la crees capaz de tanto? ¡Ay, don Término Medio! ¡Siempre fuiste tórtola agramántica! O lo quisiste parecer.

DON HILARIO

No analices. En verdad te digo que todas mis sospechas en este caso recaen sobre otro personaje.

ANTÓN

¿Madruga, quizá?

DON HILARIO

¡El mismo! ¿No crees tú también...?

ANTÓN

No lo dudo. Ha estado aquí hace media hora a ofrecérseme noblemente para machacar a don Pelayo si me estorba. Este fué el verbo: machacar.

DON HILARIO

¡Ah, traidor, sinvergüenza!

ANTÓN

¡La política, Hilario! Madruga y los suyos, en unas elecciones, tuvieron atado a mi padre a una encina durante ocho horas. Eso sí: lo ataron con mucho miramiento.

DON HILARIO

Y ¿has hecho las paces con él?

ANTÓN

Él las ha hecho conmigo. Ahora en Agramante no voy a tener más que adictos. Se sabe que cuento con dinero y poder, que es fuerza en ambos brazos.

DON HILARIO

Y en todo el cuerpo, Antón.

ANTÓN

Dime: ¿por qué has sospechado de Madruga?

DON HILARIO

¿Tú no te sorprendes de nada?

ANTÓN

De nada malo.

DON HILARIO

Pues piensa un instante en que Madruga tiene un sobrino guapo mozo, con ambición, con ilusiones... piensa en que a tu mujer se la había dado ya por viuda... y blanco y con asas... digo, y verde y migado... Bueno, ya me entiendes.

ANTÓN

¡Qué atrocidades hay que oír cuando se resucita de pronto! Ya me han referido esa historia.

DON HILARIO

¿Quién?

ANTÓN

¿Quién había de ser? ¡El hombre de confianza de Madruga!

DON HILARIO

¿Párpado?

ANTÓN

¡Párpado! Vió venir el cambio del pastel, creyó a Madruga más fiel a don Pelayo que a mí... y también ha estado a ofrecérseme, con un saco lleno de confidencias. ¡Soy el hombre del día!

DON HILARIO

¡Qué horror! ¡Qué gentuza! Viendo estoy que

acabaré por resumir todas mis estadísticas de Agramante en una sola : la de los sinvergüenzas.

ANTÓN

Y ésa te la dan hecha: ¡el número de habitantes del pueblo!

DON HILARIO

¡Caramba! No iba yo tan lejos, Antón; no iba yo tan lejos.

ANTÓN

Yo sí.

DON HILARIO

Y ¿qué haces del estadista en esa estadística?

ANTÓN

Dejarlo dentro de ella, no se aburra solo demasiado.

DON HILARIO

¡Venga usted a visitar enfermos para que lo maltraten así!

ANTÓN

¡Ja, ja, ja! Bueno, vamos a ver, Hilario; a ver si te quedas dentro o fuera de la estadística.

DON HILARIO

Vamos a ver.

ANTÓN

Has sospechado de Madruga porque tiene un sobrino codicioso de mi mujer... Y ¿qué me cuentas de doña Malva, que tiene un hijo?

DON HILARIO

(Turbado.) Chico, a boca de jarro esa pregunta... ¡Envuelve una condenación tan grave!... Pero, en fin, allá va, de hombre a hombre, de pecho a pecho. Regino se enamoró de Eloísa como un tonto; pero la beatería de ella lo desengañó. Esta es la pura. Y, claro está, la madre, si había concebido proyectos por ese camino, los desechó inmediatamente. ¿Me crees?

ANTÓN

Sí...

DON HILARIO

No lo dices muy convencido.

ANTÓN

Y ¿qué es del galán? Es el único que no ha subido a verme.

DON HILARIO

Pero ¿tú, no has preguntado por él?

ANTÓN

Yo no. ¿Él ha preguntado por mí?

DON HILARIO

Ya. Pues se marchó al campo con el tío abuelo. Siempre está Regino delicaducho. Es hombre para poco.

ANTÓN

Buen viaje. Mira tú por dónde la santurronería

improvisada de Eloísa la ha librado de todo linaje de moscas. ¡Ya ha servido para algo bueno!

DON HILARIO

Y para acogerte a ti en esta casa, ¿no ha servido también?

ANTÓN

Sí, pero... ¿de qué me vale? ¡Me ha robado su amor el fanatismo más odioso!

DON HILARIO

(Con socarronería, en voz baja.) ¡Hipócrita!

ANTÓN

¿Eh?

DON HILARIO

¡Hipócrita!

ANTÓN

No te entiendo. ¿Quién viene? *(Viendo a doña Malva y a D. Pelayo, que llegan por la puerta de la derecha.)* ¡Oh! ¡Los dueños de la casa! ¡Tanto honor para mí!

DON PELAYO

No nos gusta retirarnos a descansar sin venir a verte.

ANTÓN

En el lenguaje humano no hay palabras con que agradecer esas suyas.

DOÑA MALVA

Lo agradezca usted o no lo agradezca, nosotros cumplimos los deberes de la hospitalidad.

ANTÓN

Desde el primer instante.

DON HILARIO

Dígalo, si no, el discurso que le pronunció Pelayo al pueblo amotinado que pedía tu cabeza la tarde en que te hirieron.

ANTÓN

¡En vez de pedir la del que me disparó los dos tiros! ¿No, doña Malva? Pero la masa es inculta y bestial. No sabe nunca por qué pide las cosas ni qué cosas pide. Muchos de los que aquel día pidieron mi cabeza han venido luego a visitarme, sin duda a ver qué tal la tengo.

DON HILARIO

Lo indudable es que en aquel crítico momento Pelayo enfrenó a las turbas con su palabra.

DOÑA MALVA

Nunca ha estado más oportuno; esta es la verdad.

DON PELAYO

¡Pues me salió del corazón! «¡Cristiano antes que político!», dije.

ANTÓN

Sí; si mientras mi esposa me hacía la primera cura oí toda la arenga... «¡Caridad antes que justicia!»

DOÑA MALVA

Eso es.

DON HILARIO

Y hoy en el periódico—¿lo has leído, Pelayo?—te llaman carácter romano, Catón... No escribe mal ese Resina.

ANTÓN

Y a mí, ¿me llama algo Resina?

DON HILARIO

Luchador.

ANTÓN

¿Luchador? Lo esperaba; es palabra muy dúctil. Resina, como el juez, quiere estar bien con todos.

DON PELAYO

En fin, ¿tienes alguna queja de nosotros como huéspedes?

ANTÓN

¡Ninguna! Es decir, una sola: el esmero con que se me trata.

DOÑA MALVA

Hombre, deje usted alguna vez la zumba; me carga tanto retintín.

ANTÓN

Lo he dicho con toda sinceridad, señora mía. Sea o no tan sincera como ha sido mi afirmación la caridad de ustedes, yo siento ya atadas mis manos por la gratitud. Me iré de Agramante sin causarles voluntariamente ningún nuevo daño,

cuando no traía otra voluntad que la de hacerlos trizas.

DON PELAYO

Lo celebro, Antón; celebro oírte. Yo también depongo mis odios contra ti. Hora es ya de que nos abracemos lealmente. Borrón y cuenta nueva.

ANTÓN

Pero ¡qué borrón!

DON PELAYO

Lo pasado, pasado. ¿Te irás de Agramante en sana paz, según dices?

ANTÓN

Ya acaba usted de oírlo.

DON PELAYO

Pues bien: correspondiendo a ese designio tuyo, te respondo de proteger tu marcha. Será mi último acto político.

ANTÓN

¿Qué dice usted?

DON PELAYO

Sí, Antonio, sí; me retiro a la vida privada. Lo he resuelto.

DOÑA MALVA

Dignamente no podemos hacer otra cosa, después de la cochinada del Gobierno.

DON PELAYO

Malva, no te exaltes.

DOÑA MALVA

¡Cochinada, cochinada y cochinada! Y aun digo lo menos.

ANTÓN

Seguramente.

DON PELAYO

Ni es eso sólo: ésa ha sido la gota de agua.

DOÑA MALVA

¿A qué le llamas gota?

DON PELAYO

Estoy ya harto de deslealtades y miserias. Quiero refugiarme en los afectos puros de la familia. Mi hijo Regino, que sea lo que quiera menos político.

ANTÓN

No es mal sastre el que conoce el paño.

DON PELAYO

¡El asco me ahoga! Tú sabes que Macario y yo, cabezas en el pueblo de los dos partidos turnantes, compartíamos amigablemente el mando. Por eso había paz y el pueblo estaba tan contento.

ANTÓN

¡Tan contento! Si emigraba era por conocer tierras salvajes.

DOÑA MALVA

Los españoles han sido siempre aventureros: no olvide usted la Historia.

DON PELAYO

Ello es que Macario y yo nos entendíamos bien, y según gobernaban unos u otros arreglábamos de común acuerdo la debida representación en las Cortes... Todo ello pacíficamente. ¡Bueno! Pues ahora Macario, por lo que yo me sé, y bien que me lo sé, quiere campar por su cuenta y bandearse solo. ¡Tinta va a sudar!... Pero lo que ha hecho conmigo en estos momentos, la zancadilla que me ha echado es una gran bellaquería.

ANTÓN

Hilario, ¡a tu estadística con ese hombre! ¡No se va a escapar ni una rata!

DON PELAYO

¡Dichoso tú que te vas de Agramante!

DOÑA MALVA

Y ¿cuándo será eso, Antón?

ANTÓN

Uno de estos días. No daré lugar a que les canse a ustedes el atenderme. Más digo: me iré cuando quiera Eloísa.

DOÑA MALVA

Y a Eloísa, ¿qué se le da de usted, si ni lo ve ni quiere verlo?

DON HILARIO

Pues ¿no es ella quien lo cura a diario?

DOÑA MALVA

No; es el médico. Si ella sube algunas veces y le ayuda, es por espíritu cristiano. No es que le importe él. Lo mismo subiría si se tratase de un infeliz cualquiera. Es una santa.

DON PELAYO

Eloísa está ya libre de todo afecto humano. No ama más que a Dios. Tocante a sus relaciones contigo, me hablaba ayer noche de la anulación del matrimonio...

DOÑA MALVA

Cierto; muy cierto...

DON PELAYO

Y eso no es fácil, pero se podría conseguir... Yo resolví no ha mucho un caso parecido a éste... Todo es dar con las callejuelas... ¿Qué dices tú, Antón?

ANTÓN

Yo ¿qué he de decir? Que la Eloísa por que vine era la otra, la que me fascinó con sus encantos de mujer. Esta santurrona de ahora me abru-

ma y me empalaga; me apesta. ¡Llévesela el demonio!

DON HILARIO

¡Hombre, el demonio!

DOÑA MALVA

No le haga usted caso, que eso lo dice por irritarme a mí.

ANTÓN

Está usted engañada, señora. ¡Llévensela los ángeles! Si no ha de estar conmigo, ¿qué más me da? ¡Y yo mística no la quiero! ¡Lo cual no quita que si ella al cabo se hace monja, me haga yo fraile!

DOÑA MALVA

¡Jesús!

ANTÓN

¡Fraile o moro! Eso, Dios dirá.

DON HILARIO

Hombre, si Dios ha de decirlo, te harás fraile.

DOÑA MALVA

¡Bah, bah! ¡Las cosas más serias las trata con este cinismo chabacano y desvergonzado! ¡No puedo resistirlo más! ¡Pobre Eloísa! ¡No ya entre los muros de un convento; enterrada la vea, primero que en poder de este monstruo! Buenas noches. Que usted descanse, si es que puede. *(Vase refunfuñando. Antón suelta la risa.)*

DON HILARIO

¡Viendo estaba yo venir este desahogo!

DON PELAYO

Sí; es muy nerviosa, muy nerviosa... No hay quien la corrija.

ANTÓN

¡Por Dios, don Pelayo, pídale usted perdón en mi nombre! ¡Que no se rompan nuestras paces a última hora!

DON PELAYO

¡Oh, no! Descuida. Se han hecho sobre base muy firme. Yo me retiro de la política; tú te vas de Agramante; Eloísa se recluye... Bien, bien... Como una seda, como una seda... Hasta mañana.

ANTÓN

Hasta mañana.

DON PELAYO

¿Vienes, Hilario?

DON HILARIO

¡Ya lo creo! Es hora ya de retirarse. Que duermas a gusto, perillán.

ANTÓN

Veremos, veremos... Leeré un ratillo, para llamar a mí un buen sueño. Hasta mañana.

DON HILARIO

Hasta mañana.

DON PELAYO

Buenas noches. *(Se va con D. Hilario.)*

ANTÓN

(Pausa. Pasea, reflexivo, sonriente. Luego recuerda con graciosa ironía las últimas palabras de D. Pelayo.) «Yo me retiro de la política... tú te vas a la Patagonia... Eloísa se mete en un convento... su fortuna se queda en mi poder... Como una seda... como una seda...» ¡Qué bien nos llevamos algunas veces los bandidos! Después de todo es lógico: ¡entre compañeros!... *(Nueva pausa. Asomado al balcón contempla el horizonte.)* ¡Hermosa noche, tibia y serena!... No parece nuncio de combate, sino de rendición... Agramante duerme envuelto entre las sombras de su inmoralidad y de sus crímenes... ¡Oh, conciencias petrificadas, atrofiadas de no querer oírse!... Pueblo heroico, donde corrió mi niñez dichosa, ¡bien mereces que nazca en ti el hombre que te saque de tu envilecimiento actual! ¡El hombre que sea capaz de ahorcar a don Macario, y a don Pelayo, y a Madruga, y a mí, si es preciso!... *(Se retira del balcón y vuelve a pasear.)* ¿Cuándo subirá ella?... «Cuando duerman todos», me ha dicho la vieja beata. Esperemos. No debo dudar que desee hablar conmigo. «Cuando duerman todos...» ¡Como una seda, don Pelayo, como una seda!... *(Éntrase en su cuarto.)*

(Por la puerta de la derecha llega poco después, silenciosa, Eloísa, como visión nocturna.)

ELOÍSA

(Mira a todas partes y prestando oído hacia la derecha dice luego:) No... nadie me ha sentido subir... Llegaron a confiarse enteramente... *(Elevando los ojos al cielo.)* ¡Dios me ilumine en esta hora de penoso deber!... Aquí sale. Entereza; que no crea que es batalla ganada porque no he rehuído el encuentro.

(Sale Antón, que va hacia ella decidido y alegre.)

ANTÓN

¡Eloísa! ¡Mujer mía!

ELOÍSA

¡Silencio! Lo fuí. Pero si hemos de hablar ahora, tengamos prudencia ante todo.

ANTÓN

Procuraré tenerla.

ELOÍSA

Es forzoso. O subirán los cancerberos.

ANTÓN

¡Los arrojaré por el balcón si suben! ¡Harto estoy de ellos ya! ¿No es hora de que goce a solas del placer de verte?

ELOÍSA

Tuyo era ese placer y me volviste brutalmente la espalda.

ANTÓN

Es cierto; pero tú sabes que más fué culpa de los demás que mía. Tú lo sabes. Recuérdalo, si lo has olvidado. Yo te quise y te quiero. Fuí contigo bárbaro y brutal en días terribles, cuando la persecución que sufrí de estos miserables trastornó mi ser, irritó mi sangre y desconcertó mi voluntad. Entre todos me acorralaron y me hostigaron y me volvieron fiera.

ELOÍSA

¿Y es la fiera la que vuelve a mí, o es el hombre?

ANTÓN

El hombre que te quiso, a quien tú enamoraste, que porque no ha dejado de quererte nunca, viene ahora por ti. Óyeme, Eloísa: mis delitos necesitan hablar con tus virtudes; mis maldades, con tu bondad.

ELOÍSA

Habla cuanto quieras: te escucho, aunque desconfío de tus palabras.

ANTÓN

¡No!

ELOÍSA

¿Cómo he de confiar? ¿Cómo he de creerte ya nunca? Yo, despreciada por ti y olvidada, he tomado un camino del cual no quiero desviarme; camino de trabajos desempeñados por el amor de Dios. En él me encuentras y en él tengo el deber de oirte.

ANTÓN

¡Pues por el amor de Dios te ruego que me creas! Soy un enfermo, un loco, un pecador también. Quiero pedirte, con la salud del cuerpo, la del alma. ¡Conviérteme, Eloísa! ¡Hazme como tú!

ELOÍSA

Si me has traído aquí para burlarte de las cosas santas, a que debo la paz de mi espíritu, da por terminada nuestra entrevista.

ANTÓN

Pero ¡si no me burlo, mujer! ¿Quieres que lo jure? ¿Cómo haré yo para que resplandezca en tu pensamiento la sinceridad de mis palabras? Me atrae el camino de virtud en que hoy te hallo, no sé si por él o porque en él te veo; pero el caso es que el mío está lleno de pecados horribles y quiero abandonarlo. Llévame a tu camino, Eloísa.

ELOÍSA

A este camino mío se va con obras, no con palabras.

ANTÓN

Y ¿qué obras han de ser ésas? Dímelo.

ELOÍSA

Obras buenas, Antonio.

ANTÓN

Y ¿qué entiendes tú por obras buenas?

ELOÍSA

Vivir en paz con Dios y con los hombres; no faltar a nadie.

ANTÓN

Pues eso quiero.

ELOÍSA

Y ¿cómo lo demuestras? ¿Volviendo al pueblo con escándalo de criminal, insultando a las gentes?

ANTÓN

Las gentes a quienes he insultado yo merecen más que insultos: merecen el presidio o la horca. Pero no es ocasión ésta de hablar de ellos. Yo he vuelto a Agramante por ti.

ELOÍSA

¡Por mí! ¿Quién podrá creer esa mentira? Vamos a ver: contéstame, y así apreciaré en este caso tu sinceridad. Desde que me dejaste no he recibido noticia directa de tu persona: ni recuerdo ni carta. ¿Me has escrito algunas y las han interceptado los tíos?

ANTÓN

Te hablaré con la verdad más pura, Eloísa. Los tíos no han interceptado mis cartas... porque ninguna te he enviado.

ELOÍSA

¿Ves? ¿Ves? ¡Luego dices!

ANTÓN

Espérate un poco, mujer. Oye mis verdades, y después júzgame como quieras. Al huir de aquí desesperado, a medida que me alejaba de España, mi conciencia me iba poniendo ante los ojos mi mal proceder. Llegué a América. Te escribí pidiéndote perdón.

ELOÍSA

¡Yo no he recibido esa carta!

ANTÓN

La rompí después de haberla escrito.

ELOÍSA

¡Villano!

ANTÓN

Villano, no. Oye. Se fijó en mí la idea de que la recibirías con enojo y sin leerla la romperías. El orgullo, que no me abandona en los trances más críticos, me indujo entonces a romperla yo. Me dolía verla rota en tus manos. «¿Para qué le escribo? — pensaba —. ¡Para que me desprecie más en mi arrepentimiento! Yo volveré a España cuando pueda, y ante ella, con nobles palabras, reconquistaré su corazón.»

ELOÍSA

¡Necio! Tu orgullo te ha perdido siempre. Por tu ciego orgullo perdiste entonces mi perdón.

ANTÓN

Si lo perdí por mi orgullo entonces... ¿no ha de lograrlo ahora mi humildad? Déjame seguir. Acércate más a mi lado; no me temas. Pasó tiempo; emprendí trabajos distintos. Todo me salía mal. Llevaba encima una maldición. ¿La tuya, acaso?

ELOÍSA

No; la mía, nunca.

ANTÓN

Vivía yo en la mayor pobreza. Surgió en mí de nuevo la idea de escribirte. Una noche de fiebre y de insomnio te escribí... te escribí... Te llamaba amor de mis amores; me declaraba indigno de ti; te pedía perdón; deseaba tenerte a mi lado... *(Eloísa lo oye con gran interés.)* Te llamaba también mi ángel, mi luz, mi fe, la razón de mi vida... ¡Qué sé yo cuántas ternezas más! Te hablaba, en fin, de mi pobreza. Al día siguiente el orgullo volvió a estallar dentro de mí. Y rompí también la carta, diciéndome: «Va a creer que le escribo porque estoy pobre; va a creer que estas ternezas que le digo son una manera hipócrita de pedirle dinero...» ¡No, no! ¡Rompí la carta en mil pedazos!

ELOÍSA

(Con espontaneidad.) ¡Tonto!... Te hubiera socorrido.

ANTÓN

De improviso un día me encontré rico de la manera más novelesca. Escucha, que es intere-

sante. Un yanqui poderoso, que era mi amigo, y al cual había yo cautivado contándole mis aventuras, murió tísico y me dejó gran parte de su inmenso caudal. Con este legado me pagaba un servicio que le presté. Viajábamos de sierra en sierra en una caravana de doce hombres. Unos feroces malhechores nos asaltaron. Cerré contra ellos, ayudado por un inglés y un indio, y con no poco riesgo de mi vida los puse en fuga. En la cabeza recibí un fuerte golpe; en el costado izquierdo una herida... Salvé a mi amigo y los intereses que llevaba. Quiso recompensarme; no tomé lo que me ofrecía. A los ocho días me sorprendió su muerte y el cuantioso legado. ¡Ya era yo rico! ¡Ya podía escribirle a mi esposa proponiéndole la reconciliación!

ELOÍSA

¿Y me escribiste la tercera carta?

ANTÓN

¿Para qué, si formé desde luego propósito de venir por ti? ¡Oh, qué de locuras imaginé durante mi viaje! ¿No me fuí de aquí por bandido? ¿No era yo el bandido de Agramante? ¡Pues como tal debía volver a pisar este suelo! ¡Sólo que yo no quería ya ni tierras, ni casas, ni ganados, ni dinero ninguno, ni otra cosa que una mujer: la mía! ¡Donoso bandido el que sólo se quiere llevar lo que le pertenece! Pero tampoco había de venir a ella a implorar su perdón de manera vulgar y prosaica; yo deseaba algo más gallardo, más romántico, más genuinamente español... Yo

quería robarte, Eloísa; robarte, si estabas aquí; si eras monja, en el propio convento; robarte siempre... *(Eloísa lo oye ahora risueña.)* Escalar de noche tu aposento; sorprenderte despierta o dormida, rezando tal vez por el bandolero; cogerte en mis brazos; taparte la boca si gritabas; llegar adonde esperaba mi escudero con mi caballo y con el suyo, montar en el mío, ponerte en el arzón y escapar a galope tendido, como alma que llevan los demonios, a través de los campos...

ELOÍSA

¡Calla, loco, calla!...

ANTÓN

¿Qué habrías hecho, alma mía, qué habrías hecho al verte de nuevo apretada en mis brazos y al sentirte como llevada por un huracán? De seguro habrías forcejeado por desasirte, habrías gritado mucho... «¡Infame, ladrón, asesino; despéñame por estos montes!... ¡Antes la muerte que ser tuya! ¡Déjame, malvado! ¡Suéltame, furia del Averno!»

ELOÍSA

Pero ¿qué desvarío es éste?

ANTÓN

Y yo te diría sin cesar, estrechándote fuertemente contra mi pecho: «¡Quiere al pobre bandido, mujer! Mi bandidismo es sed de justicia, saciada en las aguas impuras que encuentro: ¡no hay otras! ¡Yo soy al modo de aquel gran bandido don Quijote, que iba por el mundo castigan-

do a villanos, amparando a menesterosos y devolviendo a los presos la libertad!...»

ELOÍSA

(Alarmada, súbitamente.) ¡Silencio!

ANTÓN

¿Qué?

ELOÍSA

¡Alguien sube!... ¡Silencio!

ANTÓN

¡Pues entre quien quiera y me verá a tus pies de rodillas!

ELOÍSA

¡Silencio, por Dios! *(Después de escuchar a la puerta.)* No... no era nadie... Ha sido un ruido de la noche...

ANTÓN

En fin, amor mío, ¿me perdonas? ¿Me aceptas? ¿Me crees?

ELOÍSA

Quiero creerte.

ANTÓN

¡Oh divina boca!

ELOÍSA

Debo proceder como si te creyera.

ANTÓN

¿Vendrás conmigo a los libres aires del mundo?

ELOÍSA

Para velar por ti, para refrenarte, para salvarte, si a tanto alcanzo; para sofocar tu cólera salvaje, para dominar tus pasiones, para llevar por cauce más recto y más limpio el torrente bravío de tu generosidad. Ya no soy la candorosa niña que se entregó enamorada en tus brazos; soy la esposa consciente, vejada y ofendida, que conoce el peligro del hombre y el poder del amor. Veo como un designio providencial en tu vuelta a mi lado. Renunciaba a mi propia vida e iba a entregarme al cuidado de enfermos, de heridos y de pobres. Dios ha querido que mi primer herido y mi primer enfermo seas tú. ¡Él me dé luz para salvarte!

ANTÓN

¡Salvado estoy ya sólo con oírte, Eloísa! En tu rostro moran ahora todas las gracias. Yo confiaba en este perdón; yo lo adivinaba, mujer. Porque yo he sabido que, en mi ausencia, con las flores que traías del convento y del hospital adornabas en esta casa la habitación donde yo nací. ¿Es cierto?

ELOÍSA

Es cierto.

ANTÓN

Pues ahora...

ELOÍSA

Ahora, ¿qué? *(De súbito se abre la puerta de la derecha violentamente. Eloísa da un grito y corre*

a los brazos de Antón. Aparecen D.ª Malva y don Pelayo, fuera de sí, frenéticos.) ¡Oh!

ANTÓN

¿Quién?

ELOÍSA

¡Nos espiaban!

DOÑA MALVA

¿Ves? ¿Lo ves ahora? ¿Qué te dije?

DON PELAYO

¡Traidores!

DOÑA MALVA

¡Infames!

DON PELAYO

¡Bandido!

ANTÓN

¡Ladrón, si queréis; pero no robo riquezas ni influjo: robo ángeles, robo almas!

ELOÍSA

¡Ni me roba tampoco: lo robo yo a él para salvarlo!

DOÑA MALVA

¡Hipócrita!

DON PELAYO

¡Hipócrita!

ELOÍSA

¡Lo fuí para poder vivir! ¡Y ahora no me pesa! ¡Siento a Dios en mi alma, y de su mano voy adonde me lleve!

ANTÓN

Y ¡ay de aquel que nos cierre el paso! Mañana, en pleno día, saldremos de aquí. ¡Nos amparan todas las leyes humanas y divinas! ¡Amansada está la fiera, caciques de Agramante; cuidad de no hostigarla!

DOÑA MALVA

¡Maldito seas tú! ¡Maldita ella cien veces!

ANTÓN

¡Usted nos maldice, y nos bendice Dios! *(Se abrazan los esposos.)*

FIN DE LA COMEDIA



